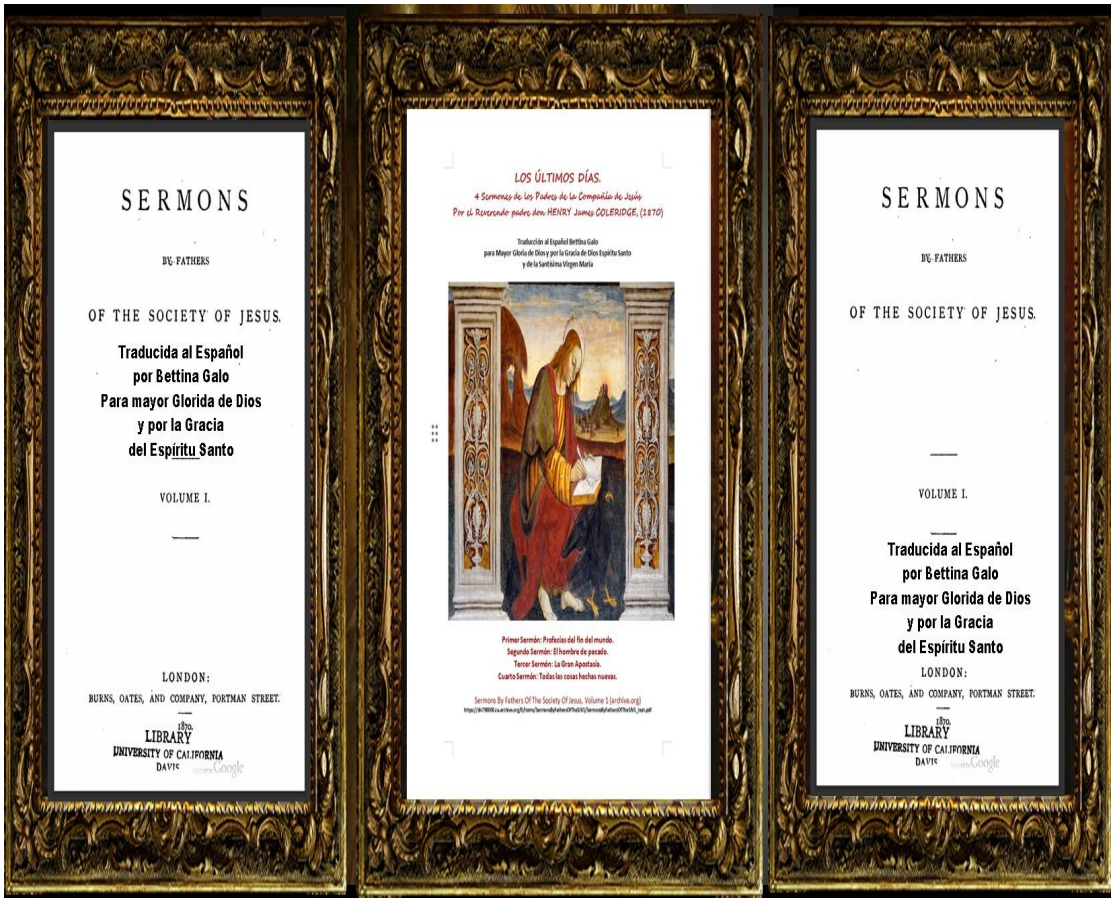
LOS ÚLTIMOS DÍAS.

4 Sermones de los Padres de la Compañía de Jesús

Por el Reverendo padre don HENRY James COLERIDGE, (1870)

Traducción al Español Bettina Galo
para Mayor Gloria de Dios y por la Gracia de Dios Espíritu Santo
y de la Santísima Virgen María



PRIMERA PARTE:
INTRODUCCIÓN Y RESUMEN DE CADA SERMÓN POR PARTE DEL AUTOR

Primer Sermón: Profecías del fin del mundo.
Segundo Sermón: El hombre de pecado.
Tercer Sermón: La Gran Apostasía.
Cuarto Sermón: Todas las cosas hechas nuevas.

Sermons By Fathers Of The Society Of Jesus, Volume 1 (archive.org)
https://dn790000.ca.archive.org/0/items/SermonsByFathersOfTheSJV1/SermonsByFathersOfTheSJV1_text.pdf

PEQUEÑA BIOGRAFÍA DEL PADRE HENRY JAMES COLERDIGE

Antes de dar paso a la lectura de estos cuatro sermones y de sus resúmenes, haremos una reseña a modo de PEQUEÑA BIOGRAFÍA del padre Henry James Coleridge.

Escritor y predicador, nacido el 20 de septiembre de 1822 en Devonshire, Inglaterra; fallecido en Roehampton el 13 de abril de 1893. Era hijo de Sir John Taylor Coleridge, juez del Tribunal del Rey, y hermano de John Duke, Lord Coleridge, presidente del Tribunal Supremo de Inglaterra. Su abuelo, el capitán James Coleridge, era hermano de Samuel Taylor Coleridge, poeta y filósofo. A los trece años fue enviado a Eton y de allí a Oxford, donde obtuvo una beca en el Trinity College. Su carrera universitaria fue distinguida; en 1844 obtuvo los más altos honores en una beca en Oriel, que entonces era la cinta azul de la universidad. En 1848 recibió las órdenes anglicanas. El movimiento tractariano estaba entonces en su apogeo, y Coleridge, junto con muchos de sus tutores y amigos, se unió a sus filas y fue un ardiente discípulo de Newman hasta su conversión. Fue uno de los que iniciaron el periódico "The Guardian" como órgano de la Alta Iglesia, siendo en parte su subdirector en Oxford durante un tiempo. Poco a poco, diversos incidentes, la secesión de Newman, el nombramiento del Dr. Hampden como Profesor Regius de Teología, la condena y suspensión del Dr. Pusey, la condena y destitución de WG Ward y la decisión en el célebre caso Gorham, socavaron seriamente su confianza en la Iglesia de Inglaterra. En consecuencia, el Dr. Hawkins, rector de Oriel, se negó a admitirlo como tutor universitario, por lo que aceptó una curatoría en Alphinton, una parroquia recientemente separada de la de la Iglesia de Santa María (Ottery St. Mary), el hogar de su familia, donde su padre le había construido una casa y una escuela. Aquí, con un trabajo muy agradable, estaba en estrecha relación con aquellos a quienes ya estaba vinculado por un afecto singular. Sin embargo, sus dudas sobre su posición religiosa continuaron creciendo y a principios de 1852 decidió que ya no podía permanecer en la Comunión Anglicana. El domingo de quincuagésima (22 de febrero) se despidió de Alphington y en abril, después de un retiro con los Padres Redentoristas, fue recibido en la Iglesia Católica. Decidido a ser sacerdote, en septiembre siguiente se dirigió a Roma e ingresó en la Accademia dei Nobili, donde tuvo como compañeros a varios de sus amigos de Oxford y a otros, incluidos los futuros cardenales Manning y Vaughan. Fue ordenado sacerdote en 1856 y seis meses después obtuvo el grado de DD. En el verano de 1857 regresó a Inglaterra y el 7 de septiembre ingresó en el noviciado jesuita, que estaba entonces en Beaumont Lodge, Old Windsor, siendo su maestro de novicios el padre Thomas Tracy Clarke, por quien hasta el final de su vida sintió la más alta admiración y estima. En 1859 fue enviado al Colegio Teológico de San Bruno, en el norte de Gales, como profesor de Sagrada Escritura, y permaneció allí hasta que, en 1865, fue llamado a Londres para convertirse en el primer editor jesuita de "The Month", una revista que había comenzado bajo otra dirección el año anterior. Entonces comenzó una carrera de infatigable labor literaria por la que es más conocido. Además de la dirección de "The Month", a la que, tras la muerte del padre William Maher, en 1877, añadió la de "The Messenger", y para la que fue uno de los escritores más prolíficos, el padre Coleridge proyectó y llevó adelante la conocida (Serie trimestral) Quarterly Series a

la que él mismo contribuyó en gran medida, tanto con su gran obra "La vida pública de nuestro Señor" como con otras, como "La vida y las cartas de San Francisco Javier" y "La vida y las cartas de Santa Teresa". También es digna de mención su Armonía de los Evangelios, "Vita Vitae Nostrae", un libro favorito para la meditación, publicado también en una versión en inglés. Su obra predilecta eran los estudios basados en el Nuevo Testamento, gusto que parece haber adquirido, al menos en parte, de su antiguo tutor de Oxford, Isaac Williams. Durante un tiempo también fue superior de sus hermanos religiosos en Farm Street, Londres. En 1881, su mala salud le obligó a ceder "The Month" a otro oxoniano, el padre Richard F. Clarke, pero continuó trabajando en "La vida de nuestro Señor", que deseaba fervientemente terminar. En 1890, un ataque de parálisis le obligó a retirarse al noviciado de Roehampton, donde, con espíritu indomable, logró completar su obra magna antes de morir. Las principales fuentes sobre su vida son los artículos en The Month de junio de 1893, escritos por su amigo James Patterson, obispo de Emaús, y el padre Richard F. Clarke, SJ.

Artículos de la Enciclopedia Católica (1913)
https://en.wikisource.org/wiki/Catholic_Encyclopedia_(1913)/Henry_James_Coleridge

Seguidamente damos comienzo a la
PARTE INTRODUCTORIA Y AL RESUMEN DE CADA SERMÓN
de los que se compone esta compilación titulada:

"LOS ÚLTIMOS DÍAS, CUATRO SERMONES"
***POR EL PADRE HENRY JAMES COLERIDGE* de la Compañía de Jesus.**

LOS CUATRO SERMONES SON:

1. Profecías del fin del mundo.
2. El hombre de pecado.
3. La Gran Apostasía.
4. Todas las cosas hechas nuevas.

Cada Resumen el autor de esta compilación de Sermones lo divide en:
Introducción, unas dos o tres consideraciones sobre el tema que trata cada Sermón y una Conclusión Final. Al cabo de estos cuatro resúmenes que forman parte de algo así como una INTRODUCCIÓN, el autor que compiló estos Sermones da paso a cada uno de los sermones que componen el tema DEL VOLÚMEN O TOMO 1, que trata el padre Henry James sobre LOS ÚLTIMOS DÍAS.

Damos comienzo entonces con el: RESUMEN AL PRIMER SERMÓN: PROFECÍAS DEL FIN DEL MUNDO. Comienza el autor citando a San Lucas capítulo II, versículo 19 que traducido del latín dice:

Maria autem conservabat omnia verba haec, conferens in corde sua.
But Mary kept all these words, pondering them in her heart.

Pero María conservó todas estas palabras, confiándolas en su corazón. (u otra de sus traducciones posibles es: Pero María retenía todas estas palabras ponderándolas en su corazón. Fin de la cita del autor a **(St. Luke II. 19.)**

En el Resumn inicial en su Introducción nos dice: —La Iglesia nos prepara para la celebración del aniversario del primer advenimiento de nuestro Señor, con consideraciones sobre su segunda venida.
El carácter en que deben examinarse las profecías es aquel del que tenemos un ejemplo en nuestra Santísima Señora.

Peligro de un método contrario.

I. La mezcla de los dos advenimientos en la profecía. Malaquías. San Juan Bautista. Mención frecuente del Juicio por parte de Nuestro Señor y de los Apóstoles, y esto en los momentos más críticos. El final de la enseñanza de nuestro Señor. Palabras de Nuestro Señor a Caifás. Los Ángeles en la Ascensión. San Pedro el día de Pentecostés, con ocasión del primer milagro después de Pentecostés, y de la admisión de Cornelio a la Iglesia. San Pablo apela a las anticipaciones del Juicio cuando predica en Atenas a los gentiles, a los filósofos y ante Félix, el gobernador romano. La doctrina del Juicio forma parte de la enseñanza elemental de los Apóstoles. Ejemplo de los Tesalonicenses. Las esperanzas de los primeros cristianos, que se encuentran también entre los santos de todas las generaciones, como San Cipriano, San Jerónimo, San Crisóstomo, San Gregorio Magno, San Bernardo y San Vicente Ferrer. Contraste presentado por los hombres de nuestro tiempo, que parecen cumplir la profecía de San Pedro (según la epístola 2da de Pedro, capítulo iii. versículo 4), y la de nuestro Señor en cuanto a lo inesperado de su venida.

II. En el Segundo punto de la Explicación de estas expectativas nos dice: El fin del mundo para cada uno de nosotros es el día de la muerte. Las características principales de la profecía también sirven para explicarlas. El Anticristo, el Hombre de Pecado. Su venida fue dada a conocer a los primeros cristianos por los apóstoles. La razón de esto. La gran apostasía de la que habla San Pablo. Es decir, la eliminación del poder que en ese momento retenía al Anticristo. Interpretación de esto por los Padres. Parece significar el principio de gobierno y ley sobre el que se construye la sociedad. La Iglesia presupone esto, y su destrucción podría conducir a un triunfo de sus enemigos. Las señales en el universo físico, predichas por nuestro Señor. Signos morales, como la conversión de los judíos. El Anticristo, la apostasía y la subversión de los principios de la sociedad, encarnan principios y movimientos que han estado funcionando en el pasado y están funcionando ahora. Anticipaciones del Anticristo. De la apostasía, en las herejías primitivas, en el mahometanismo, en el cisma griego y en la Reforma. Nuestro propio tiempo. Grandes ataques a la sociedad civil. Los esfuerzos de Pío IX para salvarla, así como el dogma cristiano y los derechos de la Iglesia.

Conclusión de este Resumen del primer Sermón: Nuestros propios deberes con respecto a los principios del mal que ahora actúan en el mundo.

RESUMEN AL SEGUNDO SERMÓN: EL HOMBRE DE PECADO.

Da comienzo este segundo resumen con una cita a San Juan cuya traducción del latín al español dice:

Veni in nomine Patris Mei, et non accipitis Me; si alius venerit in nomine suo, illum accipietis. I am come in the name of My Father, and you receive Me not ; if another shall come in his own name, him you will receive.

Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viene en su nombre, lo recibiréis. (San Juan v. 43.)

Introducción. Antigua creencia de que el Anticristo sería un judío y sería recibido por los judíos. La ley de la Providencia por la cual aquellos que rechazan a Dios y a nuestro Señor son esclavizados por Él y sus enemigos.

I. Amplia gama en las Escrituras de las profecías concernientes al Anticristo. Huellas de la predicción en Génesis y Ezequiel, en Daniel, en San Pablo, San Pedro, San Judas y San Juan, y especialmente en el Apocalipsis. Muchos de los detalles son oscuros, porque las profecías a veces se refieren a tipos y anticipaciones del Anticristo. Basta con atender a las características generales de la predicción. ***El Anticristo debe ser una sola persona, no un principio o un poder.*** No es un demonio encarnado. Tendrá la misma ayuda de Dios que los demás hombres, pero se cree que será depravado y corrompido en la primera juventud. Su repentino ascenso, sus grandes habilidades, su poder y su éxito. Su carácter tal como lo dibujaron los Padres. ***Es el autor de una nueva religión, se hace a sí mismo el Mesías y es adorado como Dios.*** Sus falsos milagros. Su cruel persecución de la Iglesia. Prohibirá la Santa Misa, **y hará de la profesión de su religión una obligación legal, impuesta por la muerte.** A él se le opondrán Enoc y Elías, a quienes matará, y luego él mismo será destruido por la venida de nuestro Señor.

II. No debemos suponer que el estado del mundo debe cambiar por completo para que el Anticristo sea posible. Satanás tendrá mayor poder al final, pero el Anticristo estará en armonía con la mente y los sentimientos de su propia generación, y lo estará con la nuestra. Todo el mal se realiza bajo el nombre del bien. El Anticristo será considerado como un libertador de la superstición y de las viejas fábulas sobre Dios, la conciencia, el pecado y el juicio, y como tal será aclamado con entusiasmo. También tendrá la fascinación especial de un inmenso éxito. Los hombres son fácilmente inducidos a adorar grandes talentos y espléndidos logros, aparte de todas las consideraciones de justicia o virtud. Los hombres siempre están dispuestos a aplaudir a cualquier gran oponente de Jesucristo. Ejemplo del triunfo de Voltaire justo antes de su muerte. El Anticristo también tendrá la ayuda de los prodigios mentirosos y del engaño que Dios permitirá como castigo por la ingratitud de los hombres.

Conclusión: Debemos esforzarnos siempre por reconocer, como lo han hecho los santos, las obras del poder de Satanás en el mundo. Santa Catalina de Siena. Nunca

debemos rendir homenaje a los ídolos del mundo, sino hacer del carácter de nuestro Señor la medida de toda bondad, y esforzarnos en nuestros días contra los poderes del mal que asaltan a la Iglesia.

EN EL RESUMEN DEL TERCER SERMÓN. LA GRAN APOSTASÍA, leemos traducido del latín al español: "Veruntamen Filius hominis veniens, puias, inueniet fidem in terra? – Pero, sin embargo, cuando el Hijo del Hombre venga, ¿creéis que hallará fe en la tierra?" (Palabras tomadas del versículo 8 del capítulo 18 del Evangelio de San Lucas.)

INTRODUCCIÓN: —La pregunta de Nuestro Señor sobre la existencia de la Fe en Su venida. Los elegidos no pueden ser seducidos, y la Iglesia no fracasará. Pero parece que habrá en los últimos días una gran apostasía. Algunas reglas en cuanto a la interpretación de las profecías del fin del mundo. La vida de la Iglesia es una y continua para los Apóstoles y Profetas, y "mil años son como un solo día". Hablan de los últimos días como inminentes, porque la Iglesia es siempre la misma. Hablan también de las formas del mal que habían de acosar a las generaciones que seguían de cerca a la suya. Los principios del mal son los mismos en todas las generaciones.
I. Alcance de las profecías sobre la última apostasía. Palabras de Daniel, nuestro Señor mismo, San Pedro y San Judas. Lo que implican. No se mencionan herejías particulares: es más bien un paganismo revivido lo que se predice. Esto lo confirma el Apocalipsis. Se examina el testimonio de San Pablo. Su descripción de los tratos de Dios con el mundo dada en el Areópago. Su descripción del estado de las naciones paganas en la Epístola a los Romanos. Si se compara con su profecía sobre los últimos días en la Segunda Epístola a Timoteo, se encontrará que corresponde exactamente, con muy pocas excepciones. Había tres elementos en el mundo pagano: uno bueno, que venía de Dios; uno humano y corrupto, obra del hombre; y el tercero, satánico. Los dioses de los paganos eran demonios. Prueba de esto es la corrupción y crueldad de sus ritos religiosos. Esta última parte fue destruida por la manifestación de Jesucristo; Pero la parte humana del paganismo, fundada en la corrupción de la sociedad y de los hombres individuales por la pasión, no ha sido destruida.
II. Este paganismo moderno está a nuestro alrededor. Ha cobrado fuerza con las conquistas de la humanidad, el progreso de las ciencias, los descubrimientos y cosas semejantes. Las máximas de la vida pública y privada que prevalecen ahora son en gran medida paganas, y no cristianas. Naturalismo de nuestro tiempo.

Conclusión: Todos estos peligros están previstos en la Iglesia, que tendrá que poner sus máximos recursos en su última lucha con la naturaleza no regenerada. Importancia de la escuela y de la familia para la Iglesia. Sus enemigos siempre atacan estos puntos. Es posible que pronto estemos enzarzados en una lucha por al menos uno de ellos. Gran necesidad de actividad en la causa de la educación cristiana.

Y EN EL FINAL LEEMOS EN EL RESUMEN AL CUARTO SERMÓN. TODAS LAS COSAS HECHAS NUEVAS. Et audivi vocem magnam de throno dicentem: Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis. Et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit eorum Deus. Et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum, et

mors ultra non erit, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra, quia prima abierunt.
Et dixit Qui sedebat in tkrono: " Ecce, nova tado omnia." (Apoc xxi. 3—5.)

And I heard a great voice froin the Throne, saying, Behold the Tabernacle of God with men, and He will dwell with them, and they shall be His people, and God Himself with them shall be their God. And God shall wipe away all tears from their eyes, and death shall be no more, nor mourning, nor sorrow, nor crying shall be any more, for the former things are passed away ; and He that sat on the Throne said, " Behold, I make all things new. (Apoc xxi. 3—5.)

Una cita en Latín y luego en Inglés cuya Traducción al español de este párrafo de Apocalipsis XXI, en los versículos 3 al 5 dice así: *" Y oí una gran voz desde el trono, que decía: "He aquí la morada de Dios entre los hombres. Él habitará con ellos, y ellos serán sus pueblos, y Dios mismo estará con ellos, y les enjugará toda lágrima de sus ojos; y la muerte no existirá mas; no habrá más lamentación, ni dolor, porque las cosas primeras pasaron". Y Aquel que estaba sentado en el trono dijo: "He aquí, Yo hago todo nuevo". Dijo también: "Escribe, que estas palabras son fieles y verdaderas-"*

INTRODUCCIÓN: Los cristianos primitivos pensaban en la segunda venida (Ap xxi. 3-5) de nuestro Señor, más bien como el principio del nuevo estado de cosas que como el fin del mundo presente. Utilidad de combinar los dos pensamientos.
I. Ciertas reglas en cuanto a la explicación de la profecía no cumplida. Las fechas de los eventos futuros no deben fijarse con precisión. No se sabe con certeza el orden de los diversos acontecimientos que se hacen objeto de una gran predicción. La misma cosa a menudo se predice de diferentes maneras. Ejemplos de esta incertidumbre: I. El momento en que tendrán lugar los signos en el universo físico, ya sea antes o después de la aparición del Anticristo; 2. La conflagración del mundo, que debe ser comprendida literalmente para ser cumplida, ya sea antes del Día del Juicio o después. Otras grandes características de la profecía son la resurrección general, la venida del Juez, la sentencia y cosas por el estilo.

II. Debemos seleccionar para su consideración algunos pensamientos en armonía con la estación. Terrores del Día del Juicio. Sin embargo, los Apóstoles hablan de la venida de nuestro Señor como de algo que hay que esperar con deseo, esperanza, anhelo y serena expectación. Los elementos de este deseo gozoso considerados. Cada porción de nuestra vida y existencia ha de tener su nueva y gloriosa condición. 1. La glorificación del cuerpo. En nuestro estado actual de ser, cualquier favor espiritual extraordinario para el alma es demasiado para el cuerpo, incluso en los santos. Excepción de Nuestro Señor y Nuestra Santísima Señora. En el Cielo, la bienaventuranza del alma no dominará al cuerpo. Seremos como los ángeles. Las palabras de San Pablo sobre el estado presente y futuro de nuestros cuerpos. Tendrán una condición mucho más elevada que la que disfrutaron nuestros padres cuando eran inocentes. Serán como el cuerpo de nuestro Señor en la Transfiguración y después de la Resurrección. Esta es la respuesta cristiana a las quejas hechas contra la disciplina de la mortificación de los apetitos naturales. —2. La renovación del universo físico, según la enseñanza de San Pablo. Esto, una vez más, responde a

las quejas contra los celos con que la Iglesia se guarda contra los peligros del estudio no regulado de la ciencia física. El nuevo estado de compañerismo en el Cielo.

Conclusión: Es natural, al contemplar los detalles de estas profecías, que nos detengamos más bien en lo que permanecerá para siempre que en lo que pasará. Las tribulaciones del mundo, la venida del Anticristo, la gran apostasía, la destrucción de la tierra, el Día del Juicio mismo, pasarán, pero la nueva condición de las cosas que sucederá nunca cambiará ni cesará.

Fin del Sumario introductorio a cada uno de los 4 Sermones del Padre Reverendo Henry James Coleridge.

Llegamos ahora sí a dar
COMIENZO A LA LECTURA DE LOS CUATRO SERMONES

LEEMOE EN EL PRIMER SERMÓN ACERCA DE LAS:
PROFECÍAS DEL FIN DEL MUNDO

Maria autem conservabat omnia verba haec, conferens in corde sua.
But Mary kept all these words, pondering them in her heart.
Pero María conservó todas estas palabras, confiándolas en su corazón.
Pero María retenía todas estas palabras ponderándolas en su corazón.
(Palabras tomadas del versículo 19 del capítulo 2 del Evangelio de San Lucas.)
(St. Luke II. 19.)

Me propongo, hermanos míos en Jesucristo, durante los domingos de este mes, presentarles algunas consideraciones con respecto a las principales circunstancias que nos revelan las Sagradas Escrituras y la tradición de la Iglesia en relación con ese gran misterio futuro al que nuestra atención se dirige providencialmente en esta santa temporada.

La Iglesia en este tiempo nos está enseñando a prepararnos más particularmente para celebrar con alegría y agradecimiento la gran Fiesta de Navidad, la conmemoración de la primera venida de nuestro Señor al mundo, en pobreza, en sufrimiento, en mansedumbre, en benignidad y humildad; pero un instinto celestial la lleva a hacer esto, en gran medida, por medio de consideraciones sobre la futura venida de nuestro Bendito Señor en gloria, majestad y poder.

Estos dos pensamientos parecen, por así decirlo, requerirse mutuamente, cada uno como el complemento adecuado y natural del otro. Parece como si desde Belén y Nazaret estuviéramos continuamente mirando hacia el fin de todas las cosas, y recordándonos que ese dulce y gentil Niño, alrededor de cuyos primeros días se agrupan tantos tiernos pensamientos de agradecimiento, esperanza y amor, ha de venir en lo sucesivo terrible para sus enemigos, un fuego encendido delante de su rostro, cielo y tierra enrollándose como un pergamino delante de Él, "con voz de Arcángel y trompeta de Dios" *(• I Tes. IV. 15.) llamando a los muertos a levantarse

y venir a juicio. * Predicó esto en el Triduo de Preparación para la Fiesta de la Inmaculada Concepción, el domingo 6 de diciembre.

Parece como si, por otra parte, no esperáramos el día grande y terrible de la manifesación del Hijo del Hombre como nuestro Juez, sin recordar que es nuestro bienaventurado y amantísimo Jesucristo, el Niño de Belén, el Niño de Nazaret, Quien atrajo todos los corazones a su alrededor en Galilea, ¿Quién se sentará en ese gran trono blanco, y llamará a Su pueblo ante Él? Y de nuevo, la Madre es puesta delante de nosotros, así como el Hijo. Como para llevar a cabo aún más la mezcla de los dos advenimientos, la Providencia ha dispuesto que precisamente en este momento seamos llamados a guardar la gran fiesta de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, y a ser ayudados por el pensamiento de esa perfecta impecabilidad y pureza que es la única en todo el mundo digna de recibir a Jesucristo cuando Él vino. para prepararnos ante el tribunal de su Hijo, el Cordero de Dios, el Juez de toda la Tierra.

Por lo tanto, hermanos míos, comencemos nuestra consideración de estos terribles temas colocándonos bajo su especial protección y patrocinio. Ha sido la suerte de este gran tema de la segunda venida de nuestro Señor, que se ha investigado y pensado en él de dos maneras diferentes. Las profecías, directas e indirectas, que se encuentran de un extremo a otro de la Escritura, son muy numerosas y, en algunos casos, muy minuciosas e incluso intrincadas en detalles. En consecuencia, invitan a quienes no están animados por una gran reverencia y desconfianza en su propio discernimiento, a lo que debe llamarse un método de tratamiento presuntuoso e intrusivo. Encontramos hombres que no se guían por la analogía de la fe y los instintos de la Iglesia, trazando esquemas de lo que ha de suceder antes del fin del mundo y fijando el año preciso de ese evento del que nuestro Señor dijo: "De ese día y hora nadie sabe, ni siquiera los ángeles de Dios, sino solo el Padre".*(*• St. Matt. xxiv. 36.).

Nos dicen cuándo sucederá esto o aquello, y cuándo se cumplirá el fin de todas las cosas. Esto no es ni razonable ni católico; no es razonable, porque no se puede esperar que ninguna profecía sea leída en todos sus detalles de antemano y, de hecho, algunos de estos intérpretes son lo suficientemente tontos como para fijar fechas que caen dentro de su propia vida, y así pueden demostrar ellos mismos su propia necedad.

No es católico, porque, aunque la Iglesia siempre ha puesto su rostro firmemente en la contemplación del futuro, aunque conoce bien la bendición que se puede obtener con el estudio devoto de las notas de advertencia de Dios, aún así su espíritu es limitarse en sus explicaciones a ciertos grandes bosquejos, ciertos hechos prominentes y distintivos, que están marcados inequívocamente en las páginas de la Escritura, y, para los tiempos y las épocas, los deja en la oscuridad en que la misma Escritura los ha velado.

Y, hermanos míos, tendremos bastante que hacer para todos los propósitos prácticos si podemos definir estos pocos rasgos más prominentes de los últimos días, que precederán a la venida del Hijo del Hombre; y los consideraremos mejor si

rogamos a nuestra Santísima Señora que nos obtenga una parte de ese espíritu humilde, reverencial, reflexivo y tranquilo, que era su propia característica cuando estudiaba las Sagradas Escrituras, antes de la Encarnación, y cuando seguía considerando misterio tras misterio de la Encarnación a medida que se producía, comparando una porción y rasgo de los maravillosos tratos de Dios con otro; ese tono característico de la mente que hizo que el santo Evangelista, que tan rara vez deja su sencilla narrativa para hablar de las cualidades de las personas, escribiera sobre ella más de una vez: "¡María guardaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón!

1 Cuando leemos en las páginas de las Sagradas Escrituras las diversas profecías que se refieren a la venida o a las venidas de nuestro Bendito Señor, nos sorprende un hecho que está en completa armonía con lo que he señalado en cuanto a la estrecha unión entre los dos acontecimientos en la mente de la Iglesia. No sólo se habla de la segunda venida de nuestro Señor para juzgar al mundo, el artículo que profesamos cada vez que recitamos el Credo, de un extremo a otro de la Escritura, de modo que casi podemos decir que no hay nada predicho y en lo que se insiste tan constantemente como el fin último de todas las cosas; pero también, cuando los profetas hablan de la primera venida de nuestro Señor, de su advenimiento en mansedumbre, en amor, en mansedumbre, en humildad y en pobreza, cuando no quiso quebrar la caña cascada ni apagar el pábilo humeante, cuando no quiso tener nada que ver con el juicio y ni siquiera condenó a la pobre mujer que había sido sorprendida en adulterio; digo, cuando hablan de la primera venida de nuestro Señor, parecen incapaces de abstenerse de añadir detalles que pertenecen a su segunda venida en poder, majestad e ira. El famoso pasaje del profeta Malaquías* (* Mai. iii. 6) es un "caso de esta clase". Sabemos que se refiere a la primera venida de nuestro Señor, porque es una parte de la profecía sobre su precursor en ese momento, San Juan Bautista. Y sin embargo, cuando el Profeta habló de la venida de nuestro Señor, "El Señor a quien buscáis, y el Ángel de la Alianza a quien deseáis, vendrán a su templo", prorrumpió: "¿Quién podrá pensar en el día de su venida, y quién podrá estar para verlo? Porque Él es como fuego purificador, y como hierba de lavador". Y lo mismo sucedió con el mismo San Juan Bautista. Cuando habló a los judíos acerca de la venida de nuestro Señor tan inmediatamente después de él, sus palabras estaban llenas del juicio futuro.

"El hacha está puesta a la raíz del árbol", dice; "Todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego"; "Su aventador está en su mano, y limpiará completamente su era; *y recogerá su trigo en el granero, pero la paja quemará en fuego inextinguible". (+St. Matt. iii. 10, 12.)

Es como si la luz de los fuegos del gran día del juicio hiciera que todo lo demás palideciera y se desvaneciera en comparación a los ojos de aquellos que veían el futuro de las acciones de Dios con el mundo; como si la figura de Jesucristo viniendo en las nubes del Cielo, con todos sus santos ángeles, para juzgar a la humanidad, fuera tan grandiosa y temible que atrajera hacia sí la mirada de todos los demás, incluso de los prodigios de amor de Nazaret, Belén y el Calvario.

Podemos observar también, mis hermanos, que así como la segunda venida de Cristo estuvo tan frecuentemente en boca de Sus profetas, así también fue mencionada frecuentemente por Él mismo y por Sus apóstoles, y esto en los tiempos más solemnes y críticos de todo Su ministerio y el de ellos en la tierra.

Así, cuando Él terminó Su predicación pública en uno de los días de la Semana Santa, y se sentó en el camino a Betania, para contemplar por última vez, como debía ser, el Templo y la Ciudad que Él había hecho tanto por salvar, pronunció Su gran profecía acerca de su destrucción, pero de tal manera que se mezclara y mezclara con la descripción de su destrucción la de las señales de Su propia venida, y del fin del mundo.* (* St. Matt. xxiv.)

En el mismo momento de su condena, cuando Caifás le conjuró por el Dios vivo que dijera si era o no el Cristo, nuestro Señor habló inmediatamente del día del juicio. Estaba como un cordero ante sus trasquiladores, mudo, sin abrir la boca, hasta que este conjuro le obligó a hablar, solo, abandonado, traicionado, injuriado, calumniado por falsos testigos, negado por su Apóstol, maltratado incluso en el mismo tribunal de justicia, y sin embargo dijo con calma estas palabras: "Tú lo has dicho. Sin embargo, os digo que de aquí en adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo". * St. Matt. xxvi. 64.

Así sucede a lo largo de toda la historia del Nuevo Testamento.
Cuando los Apóstoles miran hacia arriba en busca de su Señor ascendido, los ángeles les recuerdan esto: "Hombres de Galilea, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo, vendrá tal como le habéis visto ir al cielo".+ •(+ Hechos I. II.)

Y cuando San Pedro abrió por primera vez el curso de la predicación apostólica en el día de Pentecostés, habló de la segunda venida de nuestro Señor; cuando realizó el primer milagro apostólico, habló de la segunda venida de nuestro Señor; cuando recibió al primero de los gentiles, Cornelio, en la Iglesia, habló de nuestro Señor como designado para juzgar al mundo. ++Hechos ii. 19, 20 ; iii. 20, 21 ; x. 42.

In the same way, when the Apostles bore testimony to Jesus Christ even before the heathen, who knew nothing of the Old Testament, they preached the doctrine of the judgment. St. Paul, when he spoke to the philosophers of Athens about the unknown God, told them that He Whom they ignorantly worshipped had appointed a day to judge the world by the Man whom He had appointed; and when the Roman Governor sent for him to hear him discourse, he spoke of the judgment to come.|| || Ibid, xvii. 31 ; xxiv. 25.

En efecto, como nos muestra el mismo Apóstol en su argumentación a los Romanos, esta verdad sobre el juicio futuro es una verdad que tiene su testimonio en cada conciencia humana y que no puede ser completamente borrada ni por la presunción de la infidelidad ni por las corrupciones de la superstición. San Pablo habla de los gentiles como mostrando las obras de la ley escritas en sus corazones, "sus conciencias dando testimonio de ellos, y sus pensamientos acusándose o

defendiéndose entre sí"; y luego habla del día en que Dios "juzgará los secretos de los hombres por Jesucristo, según mi Evangelio". * Romans ii. 15, 16.
Porque el hombre sabe que es libre, y que la libertad implica responsabilidad, y que hay que rendir cuentas a los suyos. Y lleva dentro de sí un juez que no duerme, la voz de su conciencia, que puede ser desobedecida pero no será silenciada, que siempre habla con autoridad, y apela en cada corazón, judío, cristiano o gentil, civilizado o bárbaro, pagano o ateo, a un juicio venidero, que confirmará su sentencia y vindicará su derecho. A esta sencilla verdad apeló san Pablo, confiadamente, como ya he dicho, ante los holgazanes filósofos de Atenas, y de nuevo, unos años más tarde, cuando el gobernador romano Félix lo tuvo bajo su custodia, y estaba dispuesto a escuchar sus palabras, "trató de la justicia y de la castidad y del juicio venidero", de modo que "Félix estaba aterrorizado, " y su mala conciencia no le permitía escuchar más al Apóstol.

Esta verdad, que encontró eco incluso en las mentes y corazones de los paganos, era también parte de la enseñanza elemental impartida por los Apóstoles a sus conversos. Todos ellos fueron entrenados, como dice San Pablo a los Tesalonicenses, que en ese momento llevaban sólo unas semanas en la luz de la fe cristiana, "para esperar al Hijo de Dios de los cielos, Jesús, a quien resucitó de entre los muertos";** (I Thess.1.10.),y la gran verdad de su venida llenó sus mentes de tal manera que tuvieron que ser advertidos por el Apóstol que se la había enseñado para que no la esperaran demasiado pronto. En efecto, para ellos, hermanos míos, al parecer, no se pensaba mucho en el largo futuro de la Iglesia sobre la tierra, no se veía ninguna imagen de esperanza y expectativa de una historia tan maravillosa como la que ahora contemplamos a lo largo de tantos siglos, de la conquista del mundo, de la fermentación de la sociedad, del triunfo de la civilización y la filosofía cristianas, del desenlace de los misterios de la naturaleza y de la subyugación de los elementos físicos a los usos del hombre bajo la guía de la Iglesia. Los profetas habían hablado de tales glorias, pero estos cristianos se concentraban más bien en el gran fin y corona de toda profecía, que iba a ser el comienzo del nuevo reino de Dios, la venida del Hijo del Hombre en poder. Y así encontramos entre ellos la evidencia más clara de una expectativa como la que San Pablo tuvo que advertirles después contra el ensimismamiento:(+ 2 Thess. ii.), de que el segundo advenimiento estaba inmediatamente a la mano. Nuestro Señor había dicho: "Aún no es el fin (++ St. Matt. xxiv. 6.), y, sin embargo, esta expectativa estaba presente en la mente de los primeros cristianos. No sólo en la suya, hermanos míos, sino también en la de quienes vinieron después de ellos en generaciones sucesivas. Encuentro la misma expectativa en San Cipriano en el siglo III, en San Crisóstomo y San Jerónimo en el IV, San Gregorio Magno, testigo de ello en el VI, San Bernardo en el XII, San Vicente Ferrer en los siglos XIV y XV; todos esperaban continuamente la aparición del Hombre de Pecado, cuya venida debía preceder a la de nuestro Señor.

En esto, hermanos míos, ¡cuán diferentes, podemos decir, de la generalidad de los hombres de nuestro tiempo! que parecen, en su indiferencia e incredulidad, traer ante nosotros el cumplimiento de la profecía de San Pedro, y por lo tanto indicar muy verdaderamente la proximidad real del fin por su mismo olvido de él: "En los postreros días vendrán burladores engañosos, andando según sus propias

concupiscencias, diciendo: ¿Dónde está su promesa y su venida? Porque desde el tiempo en que durmieron los padres, todas las cosas permanecen como desde el principio de la creación." *(2 St. Peter iii. 4.).

El Apóstol parece decirnos, en estas palabras y en las que siguen, que los hombres serán llevados a esta incredulidad por su propia confianza en que han comprobado la inmutabilidad y la absoluta necesidad de las leyes del universo físico, y que habrán dejado de lado como un cuento descabellado el relato de las Escrituras en cuanto a la gran interferencia con esas leyes que ya tuvo lugar una vez en la historia del mundo por el Diluvio. Sí, seguramente este temperamento de olvido y confianza en sí mismos es una señal aún más significativa del fin que se acerca que la ansiosa expectativa de que nuestro Señor vendría de inmediato que prevaleció entre los primeros cristianos y los santos; y explica también la predicción de nuestro Señor de que Él vendrá en un momento en que no se lo espera.

Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas; los poderes de los cielos, las mismas leyes del universo en las cuales estos hombres han de poner tanta confianza, serán sacudidas; y sin embargo, como fue en los días de Noé antes del Diluvio, y en los días de Lot antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra, así también será en los días de la venida del Hijo del Hombre.

2. Pero es más provechoso para nosotros entrar en los pensamientos de los primeros cristianos y de los santos que explicar los engaños de los hombres de los últimos días. Y en cuanto a la expectativa de los santos, la entenderemos mejor, mis hermanos, cuando consideremos lo que pertenece más propiamente a nuestro tema, es decir, cuáles fueron esos grandes rasgos de los últimos días a los que se han dirigido los ojos de la Iglesia desde el principio.

Y hoy los esbozaré muy brevemente, con la esperanza de hablar más extensamente de uno o dos de ellos en futuras ocasiones. Pero podemos ver casi de inmediato por qué fue que, en un período tan temprano, y nuevamente más tarde, los discípulos de los Apóstoles, y, de hecho, la generalidad de los cristianos, fueron literalmente, como nuestro Señor les ordenó que fueran, como hombres que lo esperaban. Para ellos, el último tiempo no fue tanto el fin del mundo, el cierre del largo conflicto de la Iglesia, el gran día de la cuenta, como la venida del Señor, sus ojos y corazones se estiraron hacia delante para ver a Aquel a quien algunos de ellos habían visto y conocido, y a quien todos habían oído hablar y amado. Ahora bien, en cuanto a esto, todos estamos en el mismo nivel, porque, para cada uno de nosotros, la venida de nuestro Señor, el fin del mundo, el día del ajuste de cuentas, es el día de su propia muerte.

No quiero decir que el juicio particular por el cual cada hombre es juzgado en el momento de su muerte sea el mismo que el juicio del que estamos hablando, sino que después del momento de la muerte el mundo se cierra a nosotros, con todos sus intereses, todos sus acontecimientos y toda su historia y no tenemos más que ver con ella hasta que seamos convocados a comparecer ante nuestro Señor en el día

del juicio. Nuestra parte ha sido cumplida, los últimos días han llegado a nosotros, el Juez está a la puerta, nos encontramos con Él a nuestra muerte.

Pero observemos ahora más a fondo cuáles fueron, como digo, los grandes rasgos de los últimos tiempos, tal como se describen en la profecía de las Escrituras. En primer lugar, no me refiero a lo primero en cuanto al tiempo, sino que podemos colocar en un lugar muy destacado la revelación, como la llama San Pablo, del Hombre de Pecado. Antes de la segunda venida de nuestro Señor, ese gran enemigo de Dios, que en las Escrituras se llama Anticristo, ha de aparecer, y por un corto tiempo reinará y se hará adorar. Cuando San Pablo advierte a los tesalonicenses que el día del Señor no ha de venir inmediatamente, dice que no vendrá "a menos que primero venga una rebelión y se manifieste el Hombre de Pecado, el hijo de perdición, que se le opone, y que se levanta sobre todo lo que se llama Dios o es objeto de culto, de modo que se sienta en el templo de Dios, presentándose como si fuera Dios".* 2 Thess. ii. 4.

El próximo domingo espero explicar lo que nos dice la Escritura al respecto. Por ahora, basta con haberlo nombrado como una de las figuras prominentes en las profecías de los últimos días. Y tal vez recuerden que tanto San Pablo como San Juan, cuando hablan de él, lo hacen más bien para recordarles a quienes escriben lo que ya sabían que para instruirlos de nuevo. San Pablo dice: “¿No os acordáis de que cuando estaba con vosotros os decía estas cosas?” y San Juan: “Hijitos, habéis oído que viene el Anticristo”. ** I John II, I8.

Y podemos concluir con seguridad que los Apóstoles tenían alguna buena razón para enseñar a sus conversos de inmediato acerca de este siervo del Maligno, una razón, por ejemplo, que estaría contenida en la obra en el mundo que los rodea de ese mismo espíritu de antagonismo hacia nuestro Señor del cual el Anticristo ha de ser la encarnación más completa y conspicua.

En segundo lugar, podemos mencionar esa gran apostasía —al parecer, de la Iglesia Católica— que San Pablo menciona bajo el nombre de la "revuelta".

Nuestro Señor advierte a los Apóstoles y a sus seguidores contra la extrema seducción del mal (+St Matt. xxiv. 5, 24), y parece estar claramente predicho que en los últimos días habrá una gran apostasía, total o por un tiempo, de un gran número de personas de la fe cristiana. En el mismo pasaje a los Tesalonicenses ya citado, san Pablo lo menciona expresamente más adelante, cuando habla del éxito del impío, «cuya venida es según la obra de Satanás, en todo poder, en señales y prodigios mentirosos, y en toda seducción de iniquidad para con los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos.

Por tanto, Dios les enviará la operación del error para que crean en la mentira."*(*2 Thess. ii. 9, 10.)

De esta apostasía también hablaré más adelante, por lo que paso a otro tema ahora

Luego, en tercer lugar, se menciona un cierto poder existente en el mundo, que, por el momento, impide la manifestación del Anticristo, y que debe ser quitado y vencido por él. —"Y ahora sabéis que volvemos a encontrar en San Pablo lo que retiene, para que se manifieste en su tiempo. Porque el misterio de la iniquidad ya actúa, sólo que el que ahora tiene, se retira, hasta que sea quitado de en medio." +t 2 Thess. ii. 6, 7, 11.

Y, hermanos míos, no dejaré esto para un tratamiento futuro, sino que me detendré un momento para explicar lo que significa, según la interpretación más aceptada de los Padres y los comentaristas católicos. Se nos dice, entonces, que el Anticristo es peculiar y especialmente el inicuo, que pisoteará todas las leyes, tanto humanas como divinas.
La apostasía de los últimos días lo adorará como a un dios y seguirá su ejemplo y espíritu en toda clase de anarquía. Por otra parte, los Padres dicen que el poder en el mundo que impide y obstaculiza su plena manifestación significa el gobierno temporal del imperio romano, o más bien, como diríamos ahora, el principio que en aquellos días estaba encarnado y representado por ese gobierno, el principio de la ley y el orden y el derecho y la obediencia, el imperio de la conciencia y de la ley natural, tal como está representado en la estructura de la sociedad humana, que no puede subsistir ni un momento sin este principio de la ley y el orden y el poder y la justicia, que la mantiene unida y la sostiene. Ahora bien, con esto parece querer decirse que, así como la fe se funda en la razón y la gracia se construye sobre la naturaleza, así también la sociedad sobrenatural de la Iglesia presupone, y por lo tanto en cierto sentido se apoya en, la sociedad civil, y si algún poder del mal puede subvertir y socavar completamente a esta última, contribuirá en gran medida a obtener una victoria momentánea sobre la primera. Este poder, entonces, según parece, mantuvo y retiene la manifestación plena del Anticristo, y cuando sea quitado del camino, aparecerá.

Y, una vez más, podemos colocar, como el cuarto gran rasgo de la profecía de la que estamos hablando, el extraño hecho al que ya he aludido, que, por una parte, Dios advertirá a la humanidad concerniente a la venida del juicio de la manera más marcada, por señales en el sol, la luna y las estrellas, por los terremotos, por las incursiones del océano, por "la confusión del rugido del mar y de las olas"** St. Luke xvi. 28.,y que, por otra parte, estas advertencias pasarán desapercibidas para la gran masa de los hombres. Y también habrá otros signos, no en el universo físico, sino en la faz de la sociedad, que marcarán, con nuevos y maravillosos acontecimientos, la historia de la humanidad, el principal de los cuales podemos considerar como el florecimiento de la higuera estéril, según el significado místico atribuido a esa predicción por los escritores antiguos. El florecimiento de la higuera es la conversión de la nación judía a la fe de Cristo por la predicación de Enoc y Elías. "De la higuera aprended una parábola", dijo nuestro Señor a sus apóstoles, que poco antes lo habían visto maldecir y marchitar la higuera cerca del lugar donde estaban sentados; "Cuando ya sus ramas están tiernas y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca."*(* St. Matt xxiv. 32.)

Y san Pablo, hablando de su propia nación, reprobada por un tiempo por Cristo, dice: "Si la pérdida de ellos es la reconciliación del mundo, ¿qué será el recibirlos sino la vida de entre los muertos?" ++ Rom. xi. 15.

Y ahora, mis hermanos, digo que la mera enumeración de estos rasgos principales en la visión profética de los días anteriores a la segunda venida de nuestro Señor explica en gran medida cómo fue, y cómo siempre debe ser, que los siervos vigilantes de Dios parecían y parecen encontrarse en presencia de estas señales, y ver la luz de la venida de Cristo abriéndose paso entre las nubes. Esto se debe a que estos elementos de la profecía son la encarnación de principios y movimientos que han estado obrando en el mundo desde el principio, y que sólo obrarán con mayor poder, más visiblemente, con mayor éxito, al final. En cuanto al Anticristo, ya sabéis lo que dice San Juan: "Hijitos, habéis oído que el Anticristo viene, y que ahora han surgido muchos Anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo".t St. John ii. 18.

Y continúa hablando de los herejes y falsos maestros de su propio tiempo.
Y como incluso en el tiempo de San Juan hubo muchos Anticristos —precursores y precursores del gran Hombre de Pecado, el enemigo de Dios—, así también los instintos agudos y verdaderos de la Iglesia siempre han sentido la acción en su contra del espíritu del Anticristo, el temperamento de la desobediencia, la herejía, el cisma, la falsedad, el engaño; y de tiempo en tiempo han surgido ejemplos conspicuos, hombres que han tenido una preeminencia tan mala y funesta sobre sus semejantes en la obra malvada de oprimir a la Iglesia, perseguir la fe, oponerse a la Santa Sede y corromper la doctrina cristiana y las costumbres cristianas —hombres como Juliano, o Mahoma, o Lutero, o algunos de los emperadores tiránicos— que casi parecen cumplir en su carácter e historia las condiciones personales del propio Anticristo.

Y así, Cristo; otra vez, en cuanto a la apostasía de los últimos días. Esto también ha tenido siempre sus precursores y sus antici paciones. Toda la historia de los siglos cristianos está manchada por las manchas de algunas grandes apostasías, más o menos completas, de la fe católica y de la unidad de la Iglesia. Hubo apostasías en el tiempo de San Juan, de los herejes que negaban, luego hubo las apostasías de Arrio y de Nestorio, luego la apostasía completa de Mahoma, el alejamiento de las Iglesias orientales de la unidad, la caída en el siglo XVI de una gran parte del norte de Europa del catolicismo. En nuestros días hay apostasías casi innumerables, nuevas religiones que pretenden mejorar la religión de Cristo, o reemplazarla, o negarla por completo y no dejar nada en su lugar; ni en nuestro tiempo, ni en los tiempos de las primeras apostasías, ha habido tratos deficientes con Satanás, prodigios mentirosos, o profesantes de misteriosas relaciones con el otro mundo, lo suficientemente capaces, como dice San Pablo, de engañar a los que "no aman la verdad para creerla"

Y así también, con respecto a esa otra gran palanca del mal, el ataque a los principios y fundamentos de la vida social y de la sociedad civil, que al fin, en los días del Anticristo, tendrá éxito en derrocarla y echarla del camino, esto también ha tenido siempre su anticipación en cada época.

El misterio del mal, que trabaja para la destrucción de la raza humana, siempre ha estado activo. Incluso antes de la caída de Jerusalén, el imperio estaba tan convulsionado por las guerras civiles y las pretensiones de los candidatos rivales al trono, que los hombres podían necesitar la advertencia de que "el fin no era de inmediato"; y luego, de nuevo, más tarde, toda la civilización romana y el tejido del imperio mundial parecían tambalearse hacia la destrucción bajo los golpes de los bárbaros del norte. ¿Quién hubiera podido prever entonces cómo la Iglesia domesticaría a los salvajes conquistadores de Europa, y levantaría de las ruinas del mundo la nueva civilización y el nuevo tejido de la cristiandad, para suplir, y mucho más que suplir, el lugar del imperio, para ser el refugio y el hogar de los principios sobre los que descansa la estabilidad de la sociedad? y que, de nuevo, en nuestros días más que nunca, se ha convertido en la marca de los ataques más feroces de los agentes del Maligno, que ahora casi proclaman abiertamente que su objetivo es tanto destruir el orden social y el derecho como subvertir la Iglesia de Dios.

Y si os fijáis en los hechos de aquel que, entre todos los hombres, tiene el instinto más certero sobre los males de nuestro tiempo, porque es el sucesor de San Pedro, Fidelis servus et prudens, quern constitut Dominus super familiam suam ut det illis cibum in tempore —si con calma y, por así decirlo, con ojo de historiador, miráis lo que la Iglesia ha alzado especialmente su voz para hablar por medio del Santo Pontífice en estos días, encontraréis mucho, en verdad, sobre dogmas sagrados, mucho sobre derecho eclesiástico, mucho sobre los privilegios de la Iglesia tal como son invadidos por el poder secular; pero, no menos que todo esto, encontraréis que Pío IX ha tenido que advertir al mundo sobre cosas que son el fundamento mismo de la sociedad cristiana e incluso de la sociedad natural, la santidad del matrimonio, el derecho paterno a la educación, incluso el derecho natural a la ley, a la propiedad y a la justicia, que los sectarios secretos de nuestro propio tiempo están haciendo todo lo posible por socavar.

Y si dentro de un año hemos de ver, lo que no se ha visto en tantos siglos, a los obispos de la Iglesia católica reunidos en un Concilio General en torno al Vicario de Jesucristo, no es sólo y no enteramente por las necesidades de la Iglesia y de la religión como tal, sino por las necesidades de la sociedad humana y del orden civil. cuyos cimientos mismos están siendo socavados por los enemigos tanto de Dios como del hombre.

Estas tres cosas, entonces, la persecución de la Iglesia por el espíritu del Anticristo, la seducción y apostasía de muchos por medio de los engaños del mal, y la subversión de la sociedad humana por los instrumentos de Satanás, son, en verdad, marcas particulares de los últimos días, pero también son marcas de todos los días que han sido desde el comienzo de la Iglesia.

Por eso los verdaderos hijos de la Iglesia, aquellos que tienen su instinto y su espíritu de vigilancia contra el peligro común, siempre han estado listos para lanzar fuertes notas de advertencia a los hombres de su generación, de que el Anticristo estaba cerca, y que el fin de todas las cosas se acercaba; y, como dice San Juan, "porque hay muchos anticristos", y porque hay mucha apostasía, y porque hay muchas

conspiraciones contra los mismos cimientos de la sociedad, "por eso sabemos que es la última hora".

Y así, hermanos míos, aunque no sabemos si en nuestros tiempos, o dentro de un siglo, o dentro de diez siglos, puede venir el fin del mundo, sabemos, como los primeros cristianos lo sabían y adivinaron tan bien, nuestros deberes y nuestra verdadera sabiduría. El misterio de la iniquidad está a nuestro alrededor, y, además, los hombres están apartando la mirada y tratando de persuadirse a sí mismos de que el mundo es tan uniforme que no tuvo principio, y que sus leyes son tan estables que no puede tener fin. Pero ya sea que los días en que vivamos sean los últimos días o no, es nuestra tarea, en primer lugar, prepararnos para encontrarnos con nuestro Señor, Quien vendrá a cada uno de nosotros "como un ladrón en la noche", no desprevenido, como esperamos, sino de repente al fin, como sabemos.

Y más allá de esto, es nuestro deber luchar por la causa de nuestro Señor en el mundo, poner todo nuestro pequeño peso en la balanza contra los poderes del mal, contra el espíritu de herejía, de cisma, de anarquía, de sensualidad, de desprecio de todas las sanciones y obligaciones, humanas y divinas, que está en el aire a nuestro alrededor, y que respira destrucción a la Iglesia y a la sociedad cristiana que la Iglesia ha fundado y sostenido. "Bienaventurados los siervos a quienes el Señor, cuando venga, hallará velando. En verdad os digo que él se ceñirá a sí mismo y los hará sentarse a la mesa, y pasando les servirá. Y si viniere en la segunda vigilia, o viniere en la tercera vigilia, y los hallare así, ¡bienaventurados esos siervos!" ** St. Luke xii. 37, 38.

FIN DEL PRIMER SERMÓN. ACERCA DE LAS PROFECÍAS DEL FIN DEL MUNDO

EN EL SEGUNDO SERMÓN, el padre Coleridge trata sobre: EL HOMBRE DE PECADO.

Sermones de los Padres de la Compañía de Jesús (1870)
Fuente: Sermones de los Padres de la Compañía de Jesús (1870)
por el padre Rev. HENRY J. COLERIDGE,

Sermons By Fathers Of The Society Of Jesus, Volume 1 (archive.org)
https://dn790000.ca.archive.org/0/items/SermonsByFathersOfTheSJV1/SermonsByFathersOfTheSJV1_text.pdf

Comienza con una cita en latín y que luego fue traducida al inglés como figura en cada uno de los Sermones al principio y que ahora por la Gracia de Dios Espíritu Santo y de María Santísima tenemos el honor de traducir al español y dice así:

“Veni in nomine Patris Mei, et non accipitis Me; si alius venerit in nomine suo, illum accipietis.”

“I am come in the name of My Father, and you receive Me not ; if another shall come in his own name, him you will receive.”

Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viene en su nombre, lo recibiréis. (St John v. 43.) (Palabras tomadas del versículo 43 del capítulo 5 del Evangelio de San Juan)

En estas palabras, dirigidas por nuestro bendito Señor a los judíos de Jerusalén, algunos de los Padres nos enseñan que Él quiso predecir la futura recepción del Anticristo por parte de aquel pueblo que lo había rechazado. El otro que ha de venir, no en el nombre del Padre, no en el nombre de ningún Dios sino de sí mismo —"en su propio nombre"— es el gran enemigo, el Hombre de Pecado, el hijo de perdición, de quien habla San Pablo en sus Epístolas. Los escritores católicos y antiguos creen que será judío de origen; en todo caso, parece probable que se conectará con los judíos y será recibido por ellos durante un tiempo antes de su conversión final, que construirá su falsa religión en cierta medida sobre el judaísmo, y que reinará por un corto tiempo en Jerusalén, y se convertirá en objeto de adoración en el Templo.

Sea como fuere, porque aquí estamos tocando algunos detalles de las profecías acerca de los cuales no tenemos información absolutamente cierta que nos guíe.

No podemos dejar de reconocer en esta triste predicción de nuestro Señor una alusión a una ley general que opera constantemente en el curso providencial de los acontecimientos humanos. Nuestro Señor es caracterizado en los Evangelios como viniendo a los Suyos, y no siendo recibido por ellos.Ustedes saben cuán a menudo habla de Sí mismo y de Su Padre como invitando, llamando, suplicando a la gente que venga al banquete o al reino que está preparado para ellos.Los hombres rechazan a Dios y se alejan de Sus ofertas e invitaciones con desdén."Te ruego que me disculpes", es su respuesta más cortés; en otras ocasiones se vuelven contra Sus siervos y mensajeros, los golpean, los tratan con rudeza y los matan.Y luego viene esta ley de retribución que es tan observable en el gobierno providencial del mundo.

Los que rechazan a Dios no pueden rechazar a su enemigo y al suyo propio. Si rechazan el servicio ligero de Dios y su invitación amorosa, atraen sobre sí el yugo de un amo duro y la carga de una esclavitud hambrienta. El hijo pródigo tuvo que convertirse en sirviente y porquerizo en un país lejano porque no podía soportar la feliz dependencia de su padre en su propia casa. San Pablo nos dice que los paganos fueron castigados por su ingratitud hacia Dios al permitirles caer en la idolatría y degradar su naturaleza moral en la inmundicia horrible y sin nombre del paganismo.

Vemos que la misma ley se aplica a las naciones o personas que se emancipan del control de la conciencia para convertirse en esclavos del pecado, que se despojan de las felices restricciones de la fe católica para caer en engaños interminables y formas fantásticas de error herético, o que desechan el vínculo de la unidad católica porque piensan que la regla del Vicario de Cristo es demasiado severa, sólo para encontrarse atados de pies y manos, amordazados, en cadenas y en la oscuridad, los prisioneros del poder civil, cuya ayuda han invocado para liberarlos de Roma.

Pero de todos los ejemplos del funcionamiento de esta ley, ninguno será más sorprendente y más maravilloso que aquel del que habla aquí nuestro Salvador; cuando aquellos que lo han rechazado a Él, el bienaventurado, el misericordioso, el gentil y humilde, la encarnación misma de la dulzura y ternura del inefable amor de Dios, se entregarán en cuerpo y alma al poder del Anticristo, para ser esclavos voluntarios y ávidos adoradores de uno que será el más detestablemente diabólico

de todos esos siervos de Satanás que alguna vez han sido soltados en el mundo para castigarlo por su descuido de Dios.

Las profecías de la Sagrada Escritura que, con mayor o menor certeza, pueden referirse al gran enemigo de Dios, el Hombre de Pecado, son muy numerosas y están ampliamente esparcidas en las distintas partes del volumen sagrado.

Podemos decir que su figura se encuentra en la fuente de la corriente sagrada de la predicción divina, donde se habla de las enemistades puestas por Dios entre la mujer y su descendencia por un lado, y la serpiente y su descendencia por el otro, y donde se dice de la serpiente: Tu insidiaberis calcaneo ejus - "Asecharás su talón".** Gen. iii. 15.

Digo que si comparamos esta profecía con parte de la visión apocalíptica de San Juan, parece que vemos en ella una predicción clara del futuro Anticristo.+ Apoc. xii

Además, podemos observar que en un pasaje en el que el profeta Ezequiel parece hablar del Anticristo, usa palabras que parecen mostrar que este mismo Anticristo era un tema familiar para los profetas anteriores a él. "Tú eres, pues", dice, "de quien hablé en los días antiguos por medio de mis siervos los profetas de Israel, los cuales profetizaron en los días de aquellos tiempos que yo te traería sobre ellos."* Ezequiel. xxxviii. 17

Por otra parte, lo encontramos llenando un gran espacio en las profecías de Daniel (Daniel cap vii vers.8 y 20; y capítulos xi. xii.), se lo encuentra en las palabras de nuestro Señor sobre los últimos días, es notable en el pasaje de San Pablo que les cité el domingo pasado, y parece que sentimos su presencia cuando San Pedro, San Judas y San Juan, en sus Epístolas (2ª de Pedro Cap. iii.; San Judas, cap. 4—18; 1ª de San Juan cap ii.), se concentran en los tiempos malos que vendrían al fin del mundo. Por último, así como gran parte de la profecía de Daniel se relaciona con él, también lo hacen grandes porciones del Apocalipsis del Discípulo Amado (Apoc. xiii.), que usa, en relación con él y los eventos relacionados con él, lenguaje e imágenes tomados de los Profetas del Antiguo Testamento, cuyas predicciones él aplica y cumple tácitamente.

Aquí entonces, mis hermanos, he dicho de una vez lo suficiente para excusarme de entrar en detalles a través de toda esta cadena de profecías, y, si el corto tiempo de que disponemos no me impidiera intentarlo, aún así me abstendría de la tarea, porque estas predicciones son en muchas partes, como naturalmente podríamos esperar que sean, difíciles y de dudosa interpretación.

El gran enemigo de Dios del que estamos hablando ha tenido, y ha tenido ya, muchos tipos, muchas anticipaciones, muchos precursores en la historia, así como la última gran persecución de la Iglesia ha tenido tantos preludios y presagios. Muchos de estos precursores del Anticristo, muchas de estas anticipaciones de su tiempo y de su obra en la historia, han sido en sí mismos objeto de profecía, y por ello podemos confundir con frecuencia con predicciones sobre él pasajes que se refieren

más directamente a ellos. Nos basta, pues, si podemos presentar esos lineamientos generales de su historia y esos rasgos prominentes de su carácter, que parecen sobresalir inequívocamente de las páginas sagradas en las que Daniel, San Juan y San Pablo parecen hablar evidentemente del Anticristo, y así darnos ideas claras y distintas del gran mal que con el tiempo ha de sobrevenir al mundo.

En primer lugar, entonces, hermanos míos, no es necesario decir que el Anticristo ha de ser una persona en particular, un niño nacido de una mujer. Digo que no es necesario señalar cuán completamente insensata, así como cuán falsa debe ser una interpretación como la que explicaría las profecías concernientes a él como si se relacionaran con un poder, un principio, un sistema y, sobre todo, con una cadena y sucesión de personas que se extienden desde los primeros tiempos de la Iglesia hasta los últimos. tal como es esa invención protestante una vez común, que el Anticristo en profecía era una personificación del poder de la Santa Sede, y de los Pontífices que han sucedido a San Pedro.

El Anticristo no podría venir al fin del mundo, ni tener una historia particular, como veremos, ni una carrera corta y fuertemente marcada, si fuera simplemente el símbolo de una línea que comenzó con el cristianismo mismo y ha perdurado desde entonces.

Además, los escritores cristianos nos enseñan a dejar de lado otra idea descabellada, según la cual Satanás, o uno de sus ángeles malignos, se encarnará realmente, a imitación de la Encarnación de nuestro Bendito Señor, y que, por lo tanto, el gran enemigo de la fe será un demonio en forma o naturaleza humana. A Satanás se le permite mucho, pero nunca se le permitirá imitar tan de cerca el bendito misterio de nuestra Redención, la obra más grande de Dios, la unión de dos naturalezas en una Persona.

No, el Anticristo será un hombre como los demás hombres, un niño como los demás niños, será llevado en el vientre materno y amamantado de los pechos de una mujer, una hija de Eva, y, además, tendrá todas las bendiciones que se le concederán, y todas las perspectivas que se le ofrecen, que son la herencia común de los hijos de nuestra raza.

Un ángel de la guarda velará por él desde el primer momento, los santos rezarán por él, tendrá abierta la puerta de la Iglesia como a los demás, el cuidado paterno de Dios no lo descuidará en el curso ordinario de la providencia, la gracia tierna y victoriosa que es suficiente para permitirle hacer el bien y practicar la virtud, para imitar a Cristo y salvar su alma, no se le negará.

Pero los Padres nos dicen que a temprana edad caerá bajo el poder corruptor del diablo, y vemos demasiada actividad intensa de los emisarios y herramientas del Maligno para contaminar y pervertir a los niños cristianos incluso en sus años más tiernos; estamos demasiado ocupados en conflictos diarios, incluso en países cristianos, para defender para la Iglesia y para los padres el derecho de la educación

cristiana para su descendencia, como para ver algo increíble en lo que se nos enseña que será el futuro de ese niño infeliz que crecerá como enemigo de Dios.
Comenzará en la oscuridad y ascenderá desde un rango despreciable; pero en poco tiempo alcanzará una posición real y se encontrará en posesión de inmensas riquezas e influencia. Dios le habrá dado maravillosas habilidades naturales, y su carácter impresionará y fascinará a todos los que se pongan a su alcance. Después de una rápida serie de victorias de brillantez sin igual, el Anticristo será por el momento el amo del mundo.

El carácter de este hombre miserable nos lo trazan de las Escrituras los Padres y los escritores cristianos,*(*El lector encontrará las autoridades a las que aquí se hace referencia en Suárez* en su obra sobre la Encarnación, De Incarnatione, Tomo 2, disputa 54, y en Robertas, Lecciones Sagradas sobre el Fin del Mundo **(Lezioni Sacre sopra la Fine del Mondo**), 1. 4 y 5.). y hay muy poco en él que no haya sido frecuentemente prefigurado por quienes han sido sus tipos y precursores. El orgullo, la crueldad, la ambición, el artificio, están entre sus características principales y a ellas podemos agregar con seguridad, como algo natural, la voluptuosidad extrema y el libertinaje de modales (Dan. xi. 37).

Lo más peculiar de él es que será el autor de una religión propia. *Gran parte de ésta consistirá en la negación de la verdad y en la insolencia contra Dios*; ***pero no sólo enseñará formalmente la impiedad y la infidelidad, y "hablará grandes palabras contra el Altísimo" y negará "al Dios de sus padres"*** (Ibid,Daniel capítulo vii. versículos 8, 25; y capítulo xi. versículos 36, 37) pero enseñará específicamente que él mismo, y no nuestro Señor Jesucristo, es el verdadero Mesías, y se presentará en el Templo restaurado de Jerusalén como objeto de adoración, como el único Dios verdadero. (* 2 Tesalonicenses cap. ii. versículo 4.)

Aquí hay algunas líneas en la descripción profética que nos parecen todavía oscuras y confusas, porque nuestros ojos no están aún lo suficientemente agudos para ver la armonía de las declaraciones, diferentes aunque no contradictorias, pues oímos algo de que él hizo un dios propio para ser adorado (Dan, XI,38), y algo también de una especie de restauración del paganismo (Apoc.XIII, 3,14,15), de la cual él será el autor. Es cierto, sin embargo, que él tendrá el control de todo el poder de Satanás con el propósito de obrar milagros falsos e ilusorios en confirmación de su enseñanza, entre los cuales estará el de hacer descender fuego del cielo y tener el poder de hacer una imagen de su dios falso para que hable. (Apoc xiii. 13, 15)

Una vez más, el Anticristo será un gran perseguidor de la Iglesia; un perseguidor en crueldad y en refinamiento de malicia, y, según parece, en éxito, superando a todos los que hasta ahora han desempeñado ese papel fatal en la historia de la Iglesia. Hará guerra contra los santos y los vencerá, (Ibid. Apocalipsis xiii versículo 7) no a la Iglesia, que es inmortal e indefectible, sino a un gran número de sus hijos más débiles. Ha de reinar con sus seducciones "sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación".

Se nos dice especialmente que hará lo que ya han hecho los antiguos perseguidores, y especialmente en los países en que vivimos: proscribirá y prohibirá la celebración del Adorable Sacrificio de la Misa, el gran acto de culto de la Iglesia. (* Dan. xii. 11)

Además, impondrá por ley el culto a su propia religión falsa; y en esto, una vez más, se ha anticipado a sus precursores. "Quien no adore la imagen de la bestia será asesinado". (Apoc. xiii. 15)

De nuevo, encontramos que se predice que él llevará a cabo una especie de astuta persecución legal, que no resulta nada increíble si tenemos en cuenta los mecanismos que han adoptado en diversas épocas los enemigos de nuestra santa religión y la naturaleza inquisitiva de la legislación moderna. Parece que, de algún modo, exigirá un homenaje impío a sí mismo, como condición que deberá cumplir todo aquel que quiera mezclarse en los negocios ordinarios de la vida, en el tráfico, el comercio y similares, de modo que nadie pueda comprar o vender a menos que tenga su marca en la mano derecha o en la frente. (++ Ibid. Apoc.xiii. 16, 17)

Todo esto apunta a una hábil guerra contra las almas, combinada con la antigua crueldad brutal de los perseguidores paganos o protestantes y un refinamiento de la misma, una guerra que sin duda será presentada como una condición necesaria para la seguridad del gobierno, como un derecho justo del Estado. Por último, se nos dice que Dios enviará mensajeros especiales y ministros de Su Palabra, además de la Jerarquía ordinaria y los ministros de la Iglesia, para oponerse a este gran enemigo de la verdad.

Quizás recuerden cómo se registra en diferentes partes de la Escritura que dos grandes siervos de Dios aún no han pagado la deuda común de la mortalidad, pero son preservados de alguna manera maravillosa, como siempre se ha pensado entre los cristianos, para reaparecer al fin del mundo y luego morir por la verdad. De los patriarcas antes del diluvio fue tomado Enoc, y de los profetas en los días de la dispensación judía fue tomado Elías y estos dos, como nos dice la tradición de la Iglesia, han de venir y predicar y obrar milagros, y, según parece, convertir al menos a una gran parte de la nación judía a Dios antes del último día. (Apoc. xi. 3 al 7).

Ellos deben oponerse al Anticristo, y al final serán muertos por él; y entonces, en el momento de su triunfo, en el apogeo de su poder, cuando toda la tierra parezca silenciosa ante él, el enemigo de Dios será destruido por la venida de nuestro Señor Jesucristo, como dice San Pablo a los Tesalonicenses: "A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida". (2 Thess. ii. 8)

Y ahora, hermanos míos, supongo que cuando miramos hacia adelante a estos acontecimientos venideros en la historia de la raza humana, nuestra primera visión de ellos nos los presenta como algo completamente nuevo e inaudito hasta ahora, y nos inclinamos a suponer que todas las condiciones de la sociedad y todo el carácter de la historia del mundo deben cambiar radicalmente antes de que tales cosas puedan tener lugar. ¡Qué! ¿Debe un hombre hacerse adorar en el templo de Dios?

¿Debe resurgir el paganismo? ¿Debe la raza humana, después de todos sus logros morales y materiales, arrastrarse una vez más a la idolatría, la falsedad y la superstición?

Ahora bien, no niego que hay muchos rasgos en el carácter y en los procedimientos de este gran enemigo de Jesucristo que no tendrán paralelo, al menos en grandeza e intensidad, en todo lo que haya sucedido antes. Se nos dice que Satanás será entonces "liberado"; (* Apoc xx. 7).él siempre tiene por naturaleza un inmenso poder para dañar y engañar al mundo, pero Dios le permite ejercer este poder en la medida que le parezca conveniente, y hay un mayor o menor grado de este permiso en diversas ocasiones. Al fin del mundo, cuando haga lo que será su último esfuerzo, Dios le permitirá una mayor cantidad de poder, para el castigo de la humanidad que ha tratado al Evangelio de manera tan ingrata. Esto es verdad. En los últimos días, el poder del mal aumentará en este sentido, y la malicia del Maligno se intensificará, porque, como dice San Juan, él sabe que "tiene poco tiempo". (Apoc. xii.12)

Y, sin embargo, podemos llegar demasiado lejos al admitir que habrá un estado de cosas completamente nuevo en los días del Anticristo. Es un engaño pernicioso en cuanto a la historia antigua del hombre, tal como está registrada en las Escrituras, suponer que las personas y los acontecimientos, los principios y los motivos que aparecen en las páginas sagradas, fueron completamente diferentes de los que conocemos. Digo que es un engaño malicioso porque nos lleva a sentir como si no tuviéramos nada que ver prácticamente con la historia sagrada, y así se nos impide darnos cuenta de que las mismas cosas que sucedieron entonces pueden suceder en nuestros días, que Dios es tan activo en la dirección de los asuntos humanos y en la atención que toma de los crímenes humanos, como lo fue en la antigüedad. Y por eso digo, más bien, que los días del Anticristo han de ser el resultado y el fruto y el desarrollo naturales de los días en que vivimos, y que los elementos y principios que han de estar en funcionamiento en ese entonces con su mayor fuerza están en este momento trabajando a nuestro alrededor.

En cuanto al Anticristo, será un hombre de su tiempo, hijo legítimo y vástago de la generación a la que pertenece, que reúne en su propia persona y carácter sus rasgos principales y notas esenciales. Para nosotros, tal como se le describe en las páginas de la Escritura, es el enemigo de Dios, el Hombre de Pecado, el hijo de perdición, el perseguidor de los Santos, el hacedor de prodigios mentirosos, el esclavo de Satanás, el autor y propagador de una religión falsa, el tiránico proscriptor de todo culto excepto el suyo. Para nosotros es, como lo será en realidad, un hombre de sangre, un alma manchada por el pecado más profundo, entregado a la corrupción, terriblemente degradado, lleno de falsedad, vanidad, impureza, crueldad, un alma en la que el mal ha sido llevado a su grado más alto, tan poco mezclado como es posible estar en este mundo con la más leve sombra de bien; excluyendo, en la medida de lo posible, no sólo la virtud y la excelencia moral, sino también todo lo que pueda atraer simpatía o admiración.

Pero el Anticristo no se presentará de esta manera ante los hombres de su tiempo. Es más, me atrevo a decir aún más: si viniera ahora, no se presentaría de esta

manera. No, hermanos míos, el mundo y la Iglesia están siempre en guerra, y en cada lado hay héroes, grandes hombres, hombres que expresan las ideas y atraen la simpatía y la devoción del bando al que representan. A la cabeza de los héroes de la Iglesia está la encantadora y noble belleza de Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado; a la cabeza de los héroes del mundo, su líder adecuado y apropiado, el objeto natural de su devoción, estará el enemigo de Jesús, el Anticristo. El mal y el pecado en este mundo rinden tanto homenaje a la conciencia y a la virtud, que nunca se proclaman lo que son, y siempre se presentan, por así decirlo, bajo los colores de sus adversarios.

Todo gigante de la maldad se proclama defensor del bien y de la justicia; todo acto monstruoso de injusticia pública y mundial se lleva a cabo bajo el nombre de alguna consigna de bondad o de verdad. Es libertad, o libertad, o ilustración, o progreso, o fraternidad, lo que está inscrito en cada bandera que enarbola tras ella las huestes del mal. Palabras como éstas estarán en boca de quienes forman la manada de aduladores del Anticristo, que son los ejecutores de sus mandatos y los predicadores de su doctrina. Los hombres hablarán entonces, como hablan ahora, de una gran liberación de la esclavitud bajo la cual la religión ha mantenido por tanto tiempo oprimido el intelecto y restringido el libre ejercicio de los instintos de la naturaleza humana. Oiremos hablar de la emancipación del pensamiento, del destierro de la superstición, de la ruptura de las viejas cadenas, de la eliminación de las viejas líneas de distinción, de la explosión de las viejas fábulas sobre Dios, el juicio y el castigo eterno; ¡Se dirá entonces que la humanidad ha estado gimiendo durante siglos bajo un despotismo que ha marchitado sus flores más brillantes y ha envenenado sus placeres más encantadores con las viejas y estúpidas quimeras del pecado, la responsabilidad y el juicio del más allá; y el hombre que haya revelado la gloriosa verdad de la independencia de la naturaleza será aclamado como el mayor de los benefactores y ocupará su lugar, como se dirá, en la cumbre misma de las grandezas y glorias históricas de nuestra raza.

Sus admiradores dirán estas cosas del Anticristo, como hombres como ellos pueden haber dicho las mismas cosas de otros instrumentos conspicuos de Satanás y enemigos de la verdad, como en el caso de Jesucristo, en épocas anteriores a él. Pero la gran fascinación por la que ganará el homenaje y la sumisión de los hombres de su época no será sólo que les dará un credo fácil y los persuadirá de que la conciencia es un espantajo y que la complacencia de sus pasiones más bajas es un bien o un deber, sino también el gran, rápido e inigualable éxito que marcará su trayectoria. Se le permitirá surgir de repente y convertirse casi en un momento en el amo victorioso del mundo; y sus brillantes habilidades y su marcha irresistible hacia el poder más alto deslumbrarán de tal manera los ojos de los hombres que se olvidarán de examinar la legitimidad de sus afirmaciones o la solidez de su política, la veracidad de su credo o la honestidad y pureza de su vida. Ya sabéis con qué frecuencia oímos decir que "nada triunfa tanto como el éxito", cuán dispuestos están los hombres de este mundo a idolatrar a los aventureros prósperos, a los hombres que han hecho su propio camino, a los hombres que han dejado su huella en su época, incluso para el mal, a los hombres que han conseguido el objeto de su ambición incluso a costa del honor y la veracidad.

Ustedes saben qué fascinación ejercen el genio del tipo más bajo y el éxito por los medios más desprovistos de principios sobre la mayoría de los hombres, y con cuánta frecuencia nos sorprende algún ejemplo que nos revela cuán poco acorde es el estándar de grandeza que existe en las mentes de la mayoría con el carácter de nuestro Señor, más aún, con cuánta vehemencia acogen con antagonismo directo a Él.

Habréis leído, hermanos míos, en la historia del siglo pasado, cómo aquel miserable cuyo nombre se ha hecho famoso como el patriarca y apóstol de la infidelidad moderna, el hombre que inició, o en todo caso llevó a su apogeo, ese sistema de calumnias, burlas y mofas del cristianismo que tiene tantos seguidores todavía, aunque sus contemporáneos sabían que, como también nosotros lo sabemos por sus biografías, había sido devorado por la mezquindad, el rencor mezquino, la vanidad, los celos, la avaricia, el orgullo insaciable, la ostentación y el amor al aplauso, de modo que su carácter nos parece que no tiene nada que alguien pueda admirar o amar de corazón de ninguna manera, sin embargo, cómo, al final de su larga y prolongada vida, cuando la mano de la muerte ya se arrastraba sobre él, se hizo transportar una vez más a París, y cómo allí se convirtió en objeto de homenaje universal y, casi podríamos decir, de adoración. Adoración, por ninguna otra razón sino porque había sido un brillante precursor del Anticristo en su doctrina, riéndose de la religión y alentando a los hombres a la infidelidad! Y entonces todas las filas de esa sociedad alegre e irreflexiva, danzando, por así decirlo, en ese momento, su último aleteo sobre los fuegos medio despertados del volcán bajo sus pies, que pronto iba a estallar y sumergir a los juerguistas en la destrucción; todas las filas, me duele decirlo, desde el compañero del trono del sucesor de San Luis hasta los más bajos parásitos de la literatura ligera y los teatros de la época, vinieron o fueron en sucesión a la antecámara de ese infiel moribundo, como para quemar incienso ante él.• Véase Voltaire, su vida y sus obras de Maynard, Tomo II, p. 590. Voltaire murió en 1778

¡Ah, hermanos míos! ¿No ha habido en nuestros días, y no lejos de nosotros, triunfos que podrían recordarnos bastante bien aquel último y miserable triunfo de Voltaire? Triunfos en los que hombres de sangre, de crimen y de la más descarada villanía, hombres que apenas se han dignado ocultar su rapiña y su violencia bajo el manto de algún pretexto pintoresco, han sido convertidos en héroes de una sociedad culta y refinada que se llama cristiana, mientras que su principal derecho al homenaje de sus adoradores ha sido en realidad el de haber sido grandes enemigos y perjuros de la Iglesia y de la Santa Sede. ¿Qué maravilla entonces si somos llevados a pensar que el Anticristo será el ídolo de su tiempo, cuando al encanto de ser un gran negador y atacante de los controles y restricciones que Dios ha puesto sobre la indulgencia desenfrenada de los apetitos naturales, agregará la fascinación del éxito como el mundo nunca antes ha visto, y cuando hará cumplir sus demandas con la ayuda de maravillas mentirosas, y cuando -para agregar ese último y triste elemento de todos- los hombres de su tiempo, porque han resistido y odiado la verdad, serán entregados por el justo juicio de Dios a un espíritu de ceguera y engaño, para creer una mentira?

Sí, mis hermanos, el mundo está siempre listo para su Anticristo. Sus principios, motivos y maneras de juzgar, sus metas, deseos y anhelos, son todos tales que se encontrarán satisfechos, alentados, respondidos en él. Por otra parte, existe este consuelo para los hijos de la Iglesia, para aquellos que forman sus pensamientos y mentes, que regulan sus juicios y sus vidas, según el modelo de Jesucristo y de sus santos, que tienen en sus propios corazones y conciencias una luz y una unción del Espíritu Santo que les permitirá resistir todas las artimañas y seducciones del Maligno, ver a través de todos sus falsos prodigios y milagros mentirosos, y frustrar su poder, si es así, incluso con la muerte. Pero, mis hermanos, no nos engañemos pensando que todo esto de lo que hemos estado hablando es una cosa del futuro, un asunto de meramente interés histórico y excitante para nosotros. No, mis hermanos, ya sea que los últimos días caigan ahora, o siglos después, el Anticristo, como vimos el domingo pasado, está en el mundo en la actualidad. Reconocemos las obras de la Divina Providencia en los acontecimientos de nuestro tiempo, y nos consideraríamos infieles si no viéramos el dedo de Dios tanto en lo que sucede a la Iglesia como en lo que nos sucede a nosotros mismos. Pero también debemos reconocer la obra de los enemigos de Dios. Hay otra mano continuamente activa a nuestro alrededor;

EN EL TERCER SERMÓN el padre Coleridge trata acerca de:
LA GRAN APOSTASÍA

Esta Gran Apostasia está ilustrada por “LA GRAN APOSTASÍA” un cuadro de la iluminación medieval, que muestra la adoración de la Bestia por los falsos católicos de los últimos tiempos.

Comienza el padre con una cita en latín "Veruntamen Filius hominis veniens, puias, inueniet fidem in terra?” que traducida dice: – “Pero, sin embargo, cuando el Hijo del Hombre venga, ¿creéis que hallará fe en la tierra?" (Palabras tomadas del versículo 8 del capítulo 18 del Evangelio de San Lucas.)

Estas palabras de triste presentimiento fueron pronunciadas por nuestro Bendito Señor cuando había estado exhortando a Sus discípulos a nunca desmayar ni cansarse en la oración. Les contó cómo el juez injusto había vengado el agravio de la pobre viuda, simplemente porque, en su importunidad, ella no lo dejó en paz hasta que lo hiciera. Él no temía a Dios ni respetaba a los hombres, sin embargo, se vio obligado por la oración continua de ella a hacer justicia. “Escuchad lo que dice el juez injusto: ¿Y no vengará Dios a Sus elegidos, que claman a Él día y noche, y tendrá paciencia con ellos? Os digo que pronto los vengará. Pero, sin embargo, cuando venga el Hijo del Hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?” Sus elegidos clamarán a Él día y noche, y ciertamente Él vendrá pronto a vengarlos.

La persecución del Anticristo será muy severa y sus seducciones muy poderosas, de modo que descarriarán, si fuera posible, incluso a los Elegidos. Pero, por la misericordia de Dios, no es posible. Por este mismo tiempo dijo a los judíos: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano… Nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre» (San Juan 10, 27-29). Y así podemos aventurarnos a decir: Sí, Señor, encontrarás fe sobre la tierra, aunque tal vez no sea la fe amplia, intensa y universal que tus misericordias y tu amor nos han merecido.

Habrá entonces vírgenes prudentes, con aceite en sus lámparas, siervas buenas y fieles, a quienes su Señor, cuando venga, hallará velando. Pero al mismo tiempo,

hermanos míos, debemos decir, si consideramos el relato de los últimos días que se nos da generalmente en los escritos de los Apóstoles, que habrá habido gran ruina y estragos entre los cristianos antes de que venga nuestro Señor. Está por venir la gran apostasía, que parece ser una pérdida mayor y más calamitosa para la Iglesia, por el momento, que el cisma del Este o la perversión del Norte de Europa. Este es nuestro tema esta tarde, el último aspecto de los últimos días en el que debemos detenernos en detalle, antes de pasar, el próximo domingo, a la consideración de la consumación y restauración de todas las cosas por la venida de nuestro Señor Jesucristo.

Antes de proceder a enumerar las indicaciones que se nos dan acerca de la decadencia de los últimos días, permítanme hacer una o dos observaciones sobre la manera en que debemos interpretar las palabras de los santos Apóstoles que parecen hablar de esto. En primer lugar, debemos recordar que, para los Apóstoles y los escritores del Nuevo Testamento en general, la vida de los últimos días era la misma que la de los últimos días .

La Iglesia es una y continua. Para Dios, un día es como mil años, y mil años como un día. Los Apóstoles y los Profetas ven el futuro, hasta cierto punto, desde la perspectiva de Dios mismo, y hablan de los últimos días como inminentes, e incluso presentes para los hombres de su propia generación, por esta razón, entre otras, porque la misma Iglesia que existía en sus días tendrá que hacer frente a las tormentas de ese último estallido del mal. San Pablo sabía perfectamente que los días del Anticristo estaban muy lejanos, e incluso advirtió a los tesalonicenses que no pensaran que estaban cerca; y sin embargo, parece hablar de los que estarán vivos en el día del juicio como si él y aquellos a quienes escribió pudieran estar entre ellos. De la misma manera, al describir los muchos males de las últimas edades de la Iglesia, los Apóstoles hablaron de las formas especiales en que el misterio de la iniquidad obraría en la generación que se levantaba a su alrededor mientras ellos mismos se acercaban al final de su curso.

Los mismos principios del mal con los que tenemos que luchar, y con los que tendrán que luchar los que vengan después de nosotros en diferentes desarrollos, ya estaban dando lugar a esos brotes malignos que brotaron en las herejías de los siglos primero y segundo; herejías a las que los hombres de nuestros días no es probable que vuelvan en todos los aspectos, aunque a veces las han imitado con maravillosa exactitud. Así, al examinar lo que los Apóstoles nos dicen acerca de los males de los últimos días, a veces podemos encontrar una profecía distinta y particular de una forma de error que ahora está muerta y desaparecida, o al menos vive sólo en algún desarrollo remoto. Por ejemplo, hay una descripción clara dada en las Epístolas de la herejía maniquea. En estas profecías, entonces, debemos buscar principalmente las raíces, las semillas y las fuentes de la futura apostasía, que son las mismas, más o menos, en todas las épocas y en todas las generaciones. En ellas aprenderemos qué esperar en los tiempos venideros, y contra qué debemos luchar todos en nuestro propio tiempo.

Y ahora, cuando nos dirigimos a las Sagradas Escrituras y les preguntamos qué tienen que decirnos acerca de los principios malignos que gobernarán el mundo en gran medida en los últimos días, encontramos que esta profecía, como la del Anticristo, llena un gran espacio en las páginas sagradas, y se encuentra tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. Daniel nos dice "que muchos serán elegidos y emblanquecidos, y serán probados como en el fuego, que los malvados obrarán mal, que ninguno de los malvados entenderá, pero los sabios entenderán" (Dan. 11:10; Mt. 24:12; San Judas 18:2; San Pedro 3:3). Y esto, como veis, corresponde a lo que San Pablo nos dice de los engaños de los últimos tiempos, que debido a que la gente no recibe el amor de la verdad, Dios enviará sobre ellos la operación del error, "para creer en la mentira". Lo que dice Daniel sobre la ceguera de aquellos tiempos lo dice nuestro mismo Señor sobre su anarquía: “Por haberse multiplicado la maldad, la caridad de muchos se enfriará”.

San Pedro y San Judas, que le sigue, nos hablan de los burladores y escarnecedores, de los desdeñosos despreciadores de las verdades reveladas, de aquellos que “andan según sus propios deseos en impiedades” y se ríen de la expectativa de los cristianos en cuanto al cumplimiento de las profecías sobre la segunda venida de Cristo. En estos pasajes, mis hermanos, parecemos tener una imagen débil pero definida de hombres que supondrán que se han hecho perfectos dueños de los secretos del universo físico, que han refutado a su propia satisfacción las verdades de la santa narración de la creación, y por lo tanto piensan que no tienen nada que temer de nada en cuanto al futuro que las Escrituras registran a modo de profecía. Ya he dicho que San Pedro nos dice que estos hombres olvidarán voluntariamente el hecho de la mayor interferencia de Dios con el orden físico de las cosas desde la creación, dentro del alcance de la historia humana, me refiero al castigo y la casi completa extinción de la raza humana por las aguas del Diluvio.

Si juntamos estas descripciones, mis hermanos, sin proceder más adelante en nuestro examen de las profecías, tenemos un cuadro cuyos rasgos principales pueden describirse así: habrá en los últimos días un gran desprecio por toda ley, moral y social, humana, natural y divina; habrá una gran decadencia de la caridad en el sentido más amplio del término, de la caridad natural que une al hombre con el hombre, el lazo de bondad natural que debería mantener juntos a los diferentes miembros de las varias unidades que Dios, que "hace que los hombres sean de un mismo sentir", ha establecido en el mundo, la familia, el país, la raza; así como, ¡ay!, de esa caridad sobrenatural por la cual los hijos de Dios están unidos en Jesucristo.

Debe haber una gran ceguera ante la verdad, aunque esté atestiguada por evidencias incontrovertibles y luminosas en el más alto grado, y esta ceguera y desagrado hacia la verdad debe ir acompañado de una creencia fuerte y fanática en engaños degradantes y corruptores. Este odio a la verdad y este amor a la impiedad deben ser castigados además con un gran orgullo intelectual, una confianza arrogante en supuestos conocimientos y falsos conocimientos, lo que naturalmente debe resultar en desprecio por la fe sencilla de los cristianos en la revelación divina, en las palabras de las Escrituras y en la enseñanza de la Iglesia Católica.

Observaréis, hermanos míos, que aquí no encontramos mención alguna de herejías o doctrinas falsas. Más bien, se trata de una decadencia o negación general de toda fe y de una especie de paganismo práctico. De este modo, estamos preparados para lo que algunos antiguos escritores cristianos nos dicen sobre este mismo tema de la futura restauración del paganismo. Hay una misteriosa visión en el Apocalipsis (Ap. 13:3, 12) de una bestia que fue herida y, según parece, muerta, pero que es devuelta a la vida por el poder del falso profeta y adorada por todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida. Los escritores a los que aludo interpretan esta visión como si se tratara de un paganismo que, por así decirlo, ha sido aniquilado por la religión cristiana, pero que en el futuro revivirá y reinará durante un corto tiempo. Ahora bien, digo que, sea o no cierta esta antigua interpretación, al menos está confirmada maravillosamente por el relato de San Pablo sobre los últimos tiempos. Apenas he aludido todavía a este gran Apóstol, porque sus palabras son tan claras y plenas que las he dejado para el final. San Pablo, si podemos decirlo así, es uno de los Apóstoles y de los escritores del Nuevo Testamento, que parece haber sido comisionado para hablar con una fuerza y autoridad especiales tanto sobre el tema de los últimos días como sobre todo lo que concierne al mundo pagano. Él, que había comenzado su vida siendo tan sumamente celoso por las tradiciones del judaísmo, de modo que había ido más allá de todos los demás en su cuidado por ellas y en su odio hacia la Iglesia, a la que consideraba como suplantadora y subversiva, tuvo más tarde, por la providencia de Dios, que volverse con una devoción singular, con un don peculiar de inteligencia y profunda simpatía, hacia el mundo pagano, por cuya conversión trabajó tanto tiempo y con tanta bendición de Dios.

Lo llamamos, hermanos míos, el Apóstol de los gentiles, no sólo porque predicó tanto entre ellos, como lo hicieron también otros apóstoles, sino también por esta razón: que tenía un don y una gracia propios para comprenderlos, para penetrar el sistema que reinaba entre ellos, para señalar sus puntos más débiles y las fuentes de su miseria, y para aplicar a las heridas especiales que había infligido a la raza humana los suaves remedios de la verdad y la gracia. Y puede decirse, sin temor a equivocarse, que si se considerara a San Pablo simplemente como un filósofo cristiano que comentaba los males y las tendencias generales de su propia época y del sistema del mundo en el que vivía, tendría que colocarse a la cabeza de todos los escritores filosóficos por el análisis y la descripción que nos ha dado del mundo pagano.

Esta descripción la encontramos principalmente en dos grandes documentos: en el discurso de San Pablo en Atenas a los filósofos (Hechos 17: 22-31; Romanos 1: 18-32; Hechos 14: 14-16) y en su relato de las miserias del paganismo en la Epístola a los Romanos. Hablaré ahora de un tercer gran pasaje que quiero comparar con estos, en el que, años después de su Epístola a los Romanos, describe a los hombres de los últimos tiempos. Tratemos primero el relato que hace el Apóstol del paganismo en el que vivió y trabajó. En su discurso, pues, en el Areópago, San Pablo describe brevemente los modos de Dios de tratar con el mundo. Les habla a los atenienses, como sabéis, del "Dios desconocido", a quien adoraban en la ignorancia, que, sin

embargo, era el Creador y el Padre de todos. Había hecho de una sola sangre, de un solo linaje, de una sola naturaleza, todas las naciones sobre la faz de la tierra. Les había dado, como esto implica, una ley moral, una promesa, una tradición primigenia, una esperanza común de salvación futura.

Entonces, por así decirlo, se retiró y los dejó a su suerte, aunque todavía los gobernaba su providencia, determinando todo el curso de lo que se llama la historia del mundo, el ascenso y la caída, el carácter y las vicisitudes de las naciones e imperios, y dando a todos los hombres, como había dicho San Pablo antes en Iconio, abundancia de buenos dones, "dando lluvias y tiempos fructíferos, llenando nuestros corazones de sustento y de alegría". Y el Apóstol cuenta a sus oyentes cómo los paganos tenían, por así decirlo, que andar a tientas, como hombres ciegos, en busca de Dios, aunque Él estaba todo el tiempo tan cerca de ellos como de todos nosotros, "porque en Él vivimos, nos movemos y somos". Y habla en el mismo lugar, aunque con suavidad y reserva, de esos terribles y lamentables errores en los que habían caído las naciones abandonadas a sí mismas, tocando la corona y consumación de todos ellos, el culto idólatra de dioses falsos.

Ahora debemos pasar al otro gran pasaje, que debe compararse con el que he estado mencionando, donde, al comienzo de su Epístola a los Romanos, el mismo Apóstol da lo que podríamos llamar un cuadro complementario del anterior, describiendo la manera en que las naciones paganas habían tratado a Dios, y las consecuencias que ese trato había tenido para ellas mismas. Habla de la inexcusable ingratitud de los paganos hacia un Creador tan bueno y maravilloso, de su negativa a reconocerlo, a pesar de las fuertes evidencias acerca de Él que Él había impreso en el rostro y en el curso de la naturaleza; del castigo que cayó sobre ellos, el de ser entregados a la idolatría; y luego, nuevamente, del castigo adicional de este engaño judicial, por el cual se convirtieron en esclavos de lujurias que, en su abominable degradación, iban incluso más allá de la complacencia extrema de todos los apetitos animales naturales. Recordarán, mis hermanos, ese cuadro terrible, en cuyos detalles no es necesario que nos detengamos por un momento esta tarde.

El carácter del paganismo, tal como él lo describe, se basa, por supuesto, en un intenso egoísmo, que se manifiesta en un ávido afán por conseguir todos los objetos de la concupiscencia, y por tanto en la avaricia, en la búsqueda temeraria del placer a cualquier precio para los demás, en el amor apasionado por el honor y la posición terrenales; para luego elevarse, como era natural después de esto, en un intenso orgullo y altivez, en una obstinación inquebrantable de voluntad y juicio, y, más aún, en la envidia, la belicosidad, la violencia, la contumelia, la astucia maligna o la crueldad insolente y temeraria contra todos los que se cruzan en su camino. Junto a estos rasgos salvajes de la humanidad degradada, encontramos, como siempre ocurre en la realidad, una voluptuosidad y un libertinaje que no conocían límites.

Y estas dos grandes pasiones de lujuria y orgullo se combinan en el carácter del mundo pagano, como lo describe San Pablo, para sofocar y destruir todos esos instintos de piedad y bondad naturales que fueron implantados en el hombre por su Creador, de los cuales su conciencia da testimonio, y que animan y sostienen toda

esa vida social y doméstica que es la condición fundamental de nuestro ser y nuestra felicidad como hombres. Por eso encontramos en la descripción que hace San Pablo del paganismo una serie de rasgos que indican la falta de todo afecto natural.

El vínculo que une a los padres con los hijos y a los hijos con los padres fue disuelto; así también la ley de fidelidad y veracidad, que es esencial para que podamos confiar unos en otros en el trato común de la vida, fue dejada de lado, como también la regla de gratitud y honestidad, la ley del respeto por el carácter de los demás en el lenguaje de los hombres, la observancia de las obligaciones, el hábito de la paz, la práctica de la bondad, incluso el instinto de misericordia hacia los conquistados, los débiles, los indefensos, los afligidos —misericordia, la única provisión de Dios para las innumerables y de otra manera inconsolables miserias a las que está entregado el mundo.

Ésta es, en resumen, esta gran descripción del paganismo de su tiempo que nos da San Pablo.

Y ahora llego al punto de nuestro argumento sobre los últimos días. Este mismo gran Apóstol, como ya he dicho, se ha detenido en más de un lugar en las características de los hombres de aquellos tiempos futuros, como se ha detenido tantas veces en las características de los antiguos paganos. Ya hemos tenido ocasión de examinar lo que ha dicho en algunos de estos pasajes; pero queda una gran descripción, escrita, además, como he dicho, al final de la vida de San Pablo, en vísperas de su martirio, en su última Epístola a su amado hijo Timoteo. (2 Tim. iii. 1, ss.)

Esta es la descripción más extensa y particular que nos da el Apóstol, y, por sorprendente que sea en sí misma, quizá sea aún más sorprendente cuando se la compara con el pasaje anterior de la Epístola a los Romanos, al que me he referido. Si tomáis ese pasaje, en el que se describen los vicios y la degradación del mundo pagano inconverso con tanta severidad indignada, y sin embargo con cierta ternura discriminante y gran simpatía, y si lo ponéis al lado del otro relato que, a modo de profecía, San Pablo da, tantos años después, de las corrupciones de los últimos días, encontraréis que, con una o dos diferencias sorprendentes, que señalaré, los dos pasajes coinciden exactamente.

Las diferencias que existen son importantes en sí mismas, como veremos; y son preciosas también por otro motivo, porque nos muestran, si es necesario, que San Pablo ha sopesado cada una de sus palabras, que en ningún momento se ha permitido el lujo de usar simples improperios o invectivas, en ningún momento ha lanzado una sola acusación, ni contra el paganismo antiguo ni contra su renacimiento moderno, sin el más completo conocimiento y la más serena deliberación. Tenedme paciencia, pues, si me detengo unos momentos en los puntos de acuerdo y de diferencia entre ambos.

En aquel antiguo paganismo del mundo romano, en el que fue voluntad de Dios que los apóstoles introdujeran la religión cristiana, había tres elementos diversos y a menudo conflictivos: un elemento bueno, que provenía de Dios; un elemento

completamente malo, que provenía de Satanás; y un elemento corrupto, que era el fruto de la influencia de la naturaleza humana no regenerada sobre la sociedad y sobre los objetos de los sentidos y la inteligencia con los que el hombre se relaciona.

El elemento bueno que vemos encarnado en gran parte de las leyes e instituciones del mundo antiguo, así como en gran parte de la literatura, la poesía y la filosofía de Grecia y Roma, literatura que, por consiguiente, después de haber sido purificada y, por así decirlo, bautizada, siempre ha sido utilizada por la Iglesia cristiana en la educación de sus hijos. Este elemento, digo, fue originalmente el don de Dios, el Autor de la Naturaleza, al hombre, el hijo de la razón y la conciencia, la tradición de una sociedad de la que Dios mismo fue el fundador. Conservó los fragmentos de la verdad primigenia sobre Dios, el mundo y el hombre mismo, que aún persistían, en cualquier forma, entre los hijos errantes de Adán.

San Pablo alude a este elemento en el primer pasaje en el que nos detuvimos hoy, y sus palabras en conjunto parecen implicar que Dios velaba por él, lo apoyaba y lo fomentaba, en la medida en que los hombres eran dignos de ello, y que incluso podría haberse expandido hasta convertirse en un sistema perfecto de religión natural y de virtud razonable, si los hombres hubieran sido lo suficientemente agradecidos como para ganar mayores medidas de gracia de Dios, quien no se dejó a Sí mismo sin testimonio en Su providencia diaria, y “no estaba lejos” de ninguno de Sus hijos.

Pero ahora llegamos a otro elemento, que acabo de colocar como último de los tres, cuyas operaciones podemos distinguir en el mundo pagano. Toda carne había corrompido su camino sobre la tierra, y el hombre había excluido de su alma el conocimiento de Dios y había dejado que sus pasiones lo guiaran en lugar de su conciencia.

Los instintos no regenerados de la naturaleza fueron dominando gradualmente la ley moral en el corazón del hombre, y su victoria se reflejó en las reglas de la sociedad, en las costumbres y máximas por las que se guiaba la vida humana. A medida que el hombre se volvía cada vez más dueño del mundo, a medida que la riqueza y el poder, el conocimiento y la experiencia aumentaban, a medida que avanzaban la civilización (por así decirlo) y los medios de comunicación, fue creciendo ese gran sistema de crueldad e inmoralidad, de búsqueda impía del placer y de los fines mundanos, que llamamos paganismo.

El paganismo no es propiamente una religión, sino más bien un sistema de vida y sociedad humana, según los impulsos y las concupiscencias desenfrenadas del hombre natural, controlados sólo por lo que quedaba de fuerza en la ley del derecho escrita en los corazones de los hombres, en la voz de la conciencia y en las antiguas tradiciones de tiempos mejores, y también por la ley de la necesidad que hacía imperativo que la sociedad se mantuviera viva y unida de una manera u otra. San Pablo, en el pasaje a los Romanos en el que nos hemos detenido, nos ha descrito, hermanos míos, qué clase de hombres eran los que estaban penetrados por este espíritu pagano.

Y ahora, como ya he dicho, cuando el mismo Apóstol trata de describir a los hombres de los últimos días, los pinta, en lo que se refiere a toda degradación moral, con los mismos colores que a los paganos de su propio tiempo. Los dos pasajes corresponden en esto palabra por palabra; el último texto es casi una repetición del primero. Hasta aquí, pues, tenemos la autoridad de San Pablo para decir que la apostasía de los últimos días será un retorno al paganismo, entendiendo por esa palabra el sistema de vida y de costumbres impíos que es el fruto del desarrollo y reinado desenfrenados de los instintos inferiores de la naturaleza humana.

Estos pensamientos nos llevan al tercer elemento del paganismo, lo que yo llamo la obra de Satanás, el enemigo de Dios y del hombre. En cuanto a esto, también tenemos la autoridad de San Pablo, en ese pasaje donde en pocas palabras nos dice que los dioses de los paganos eran demonios (1 Cor. 10, 20). Nosotros, mis hermanos, nos inclinamos con frecuencia a considerar a los personajes que componen la mitología pagana como una serie de creaciones poéticas, como poderes de la naturaleza simbolizados, o tal vez, en el peor de los casos, como grandes hombres y héroes famosos de tiempos fabulosos elevados por una especie de canonización natural a los tronos de un mundo superior.

Esta es la parte humana de las religiones paganas, hábilmente utilizada por los autores del mal para disfrazar su propia obra para el engaño de los hombres. Pero había más detrás de esas formas de aparente gracia y belleza que la imaginación de los poetas terrenales. Esto podría haberse visto, podríamos decir con verdad, por las bajas impurezas en las que estaban empapadas. No, mis hermanos, a menos que San Pablo se equivoque, a menos que se equivocaran miles de mártires cristianos que trataban a los ídolos paganos como las formas bajo las cuales se adoraba a los ángeles apóstatas, los dioses de los paganos eran Satanás y sus asociados, a quienes el justo juicio de Dios les permitió atraer hacia sí la adoración que los hombres le habían negado; y se ocuparon de deificar en sí mismos toda forma de vicio y pasión humana, y de exigir de sus adoradores ritos impuros y misterios inmundos, para que el hombre, hecho a imagen de Dios, pudiera aprender de ellos a degradarse incluso por debajo del nivel de las bestias del campo.

O, si queremos una prueba aún más clara de las agencias satánicas que subyacen a la religión pagana, podemos encontrarla en ese otro tipo de culto que exigía en el mundo antiguo, y que todavía se encuentra exigiendo: me refiero al terrible tributo del sacrificio humano, una costumbre ampliamente extendida y casi universal entre las naciones paganas, algunas de las cuales han asombrado incluso a sus descubridores cristianos por su mansedumbre y gentileza, su cortesía y simplicidad, y sin embargo se ha encontrado que están penetradas hasta la médula por la corrupción, y tienen el hábito de honrar a sus dioses con el terrible homenaje de hecatombes de víctimas humanas, un homenaje suficiente en sí mismo para proclamar como su autor al odiador por igual del hombre y de Dios que lo creó.

He aquí, pues, hermanos míos, que hemos llegado a esa parte de la comparación en la que no es necesario decir que las dos descripciones de San Pablo son idénticas. No

necesitamos exagerar las miserias de nuestro tiempo, ni pintar con colores más oscuros que San Pablo los rasgos malignos de la última gran apostasía. El Hijo de Dios, como nos dice otro Apóstol, "se manifestó para deshacer las obras del diablo" (1 Juan 3:8), y no encuentro, en ninguna de las descripciones proféticas del paganismo restaurado de los tiempos modernos, que el sistema de adoración de dioses falsos vaya a revivir, con sus abominables ritos de sangre y sus misterios de libertinaje.

Dondequiera que la cruz haya sido firmemente plantada, podemos tener la esperanza de que el mundo haya visto el fin del culto público a Satanás. En la descripción que hace San Pablo de los últimos días, encuentro que la blasfemia contra el Dios verdadero sustituyó al culto a los demonios. Pero, hermanos míos, el Hijo de Dios no se manifestó del todo para destruir las obras del hombre. Vino para resucitar al hombre, cambiarlo, regenerarlo, santificarlo, uniéndolo a Sí mismo. No vino para quitarle al hombre el libre albedrío, ni para arrancar de su naturaleza esas semillas de posible maldad que produjeron toda la parte humana del paganismo sobre el que hemos estado reflexionando. El imperio de Satanás ha sido derrocado, pero ¡ay! El hombre es todavía su propio gran enemigo, y aunque nuestro Señor lo ha armado contra sí mismo, todavía le ha dejado el poder de dañar la obra de Dios en su propia alma, y este poder, que cada uno de nosotros posee en su propio caso, está siempre terriblemente activo en la corrupción de la sociedad cristiana, cuyo carácter es el resultado y el reflejo del de las partes que la componen.

Y ahora, hermanos míos, ¿qué necesidad tenemos de ninguna sutileza en la investigación o de ningún refinamiento en la especulación para saber que este paganismo moderno del que hablan las profecías nos rodea por todas partes? La humanidad es, en muchos sentidos, mucho más poderosa, y los recursos y los placeres a su disposición son mucho más amplios que en los días de antaño. Estamos en posesión de los frutos gloriosos pero embriagadores de esa civilización avanzada y del conocimiento extendido que ha brotado de las semillas que la Iglesia de Dios ha dejado, por así decirlo, en su camino por el mundo. La sociedad se ha elevado y refinado, pero por esa misma razón se ha vuelto capaz de una degradación más penetrante, de una corrupción más elegante y más venenosa. El conocimiento ha aumentado, pero al aumento del conocimiento ha seguido el aumento del orgullo. La ciencia ha desentrañado las leyes de la naturaleza y los tesoros ocultos del universo material, y ha puesto nuevas combinaciones de poder y nuevas revelaciones de disfrute en manos de hombres que no han visto en el descubrimiento mayores razones para el autocontrol o para la reverencia hacia el Dador de todos los buenos dones.

El mundo, hogar de la raza humana, ha sido abierto al hombre civilizado en todos sus rincones más remotos, y éste ha tomado, o está tomando, posesión de su herencia completa; pero su camino hacia adelante es el camino de la avaricia y la codicia, de la lujuria y la crueldad, y se apodera de cada nueva tierra a medida que la alcanza con el espíritu del comerciante o del conquistador, no con el del heraldo de la paz, el portador de las buenas nuevas de Dios. En casa, en la propia cristiandad, oímos, como dijo nuestro Señor, hablar de guerras y rumores de guerras, de nación contra nación y de reino contra reino. En tiempos de los Apóstoles, era algo inaudito que la

majestuosa paz y unidad del Imperio Romano no absorbiera y mantuviera en armonía a cien nacionalidades rivales. En nuestro tiempo no se puede pensar que el vínculo sobrenatural de la Iglesia cristiana pueda impedir que las naciones que son hermanas en la fe se devoren unas a otras.

O, de nuevo, hermanos míos, pasemos de la vida pública a la privada. Observemos la vida social, observemos las costumbres domésticas; consideremos a los hombres y mujeres de la actualidad en sus diversiones, sus vestimentas, la cantidad de restricciones que imponen a los impulsos de la naturaleza; compáremoslos en sus teatros y sus recreaciones, compáremos su trato a los pobres y a las clases afligidas; compáremos, de nuevo, en cuanto al estilo de arte que adoptan, o la literatura en la que se deleitan, con los antiguos paganos de los días de San Pablo. ¡No digo, Dios no lo quiera! que no hay un abismo ancho e infranqueable entre los dos, porque eso sería decir que tantos siglos de cristiandad han sido totalmente desperdiciados, y que la ley evangélica no ha penetrado hasta los fundamentos de la sociedad, de modo que no es verdad que nuestro Señor gobierna, como dice el salmista, “en medio de sus enemigos” (Salmo cien y dos), incluso sobre el mundo, que de buena gana se emanciparía de su dominio.

Pero sí digo que si un cristiano de los primeros tiempos resucitara y examinara nuestra sociedad, punto por punto, en los aspectos que he insinuado, y la comparara, por un lado, con los paganos refinados y pulidos que pudo haber conocido en las cortes de Nerón o Domiciano, y, por el otro, con la santidad pura y estricta de sus propios hermanos en la fe que adoraban con él en las catacumbas, le resultaría difícil decir que lo que vería a su alrededor en Londres o París se derivaba por herencia legítima más bien de las tradiciones de la Iglesia mártir que de las costumbres de los paganos perseguidores. Echaría de menos la violencia, la crueldad, la lujuria desenfrenada y rufián, la extraordinaria falta de respeto por la humanidad y la vida humana que distinguieron a la civilización romana posterior; pero encontraría mucha de su corrupción, mucho de su libertinaje, mucha de su dureza de corazón.

Los instintos no regenerados de la naturaleza humana están surgiendo como un gran mar a nuestro alrededor, la sociedad está perdiendo rápidamente todo respeto por esos controles sobre el paganismo innato del hombre que la Iglesia ha arrojado sobre la superficie del mundo. Se está convirtiendo en una ley reconocida que todo lo que es natural es correcto, y por naturaleza se entiende la naturaleza corrompida por el pecado, la naturaleza no iluminada por la fe y sin la ayuda de la gracia; es decir, los apetitos inferiores del hombre en rebelión contra la conciencia, que no buscan otro hogar que la tierra y otra satisfacción que no sea el presente, “sin esperanza de la promesa y sin Dios en este mundo” (Efesios 2:12).

Termino, hermanos míos, con una o dos consideraciones que surgen naturalmente en la mente en presencia de pensamientos como estos. Primero, todos estos peligros que nos acosan, que tienen sus raíces en la naturaleza humana y cuyo crecimiento es fomentado por la condición del mundo, han sido enfrentados por nuestro Señor Jesucristo y están previstos en la Iglesia. Somos propensos a maravillarnos ante lo que podemos considerar la riqueza y profusión superflua de lo

que podríamos llamar el armamento de la Iglesia, la variedad de los medios de gracia, los canales multiplicados por los cuales se transmite la fuerza celestial a las almas desfalleciente y herida. Y, sin embargo, nada de todo esto es innecesario; toda la fuerza y todas las armas de la Iglesia se esforzarán al máximo en su lucha final.

Todo el poder de la naturaleza no regenerada, en su eterna repugnancia a someterse a las restricciones de la ley de Dios, está cayendo sobre los baluartes cristianos de la sociedad con un peso tan inmenso y tan implacable en su presión sobre cada parte, como la marea de un océano entero, que se balancea en su flujo diario contra las rocas y acantilados de un continente que se extiende a lo largo del tiempo. ¿Qué puede resistirlo? Una sola fuerza, la fuerza de Dios, que pone límites al mar y puede frenar las pasiones furiosas de toda una raza. En los últimos días oímos poco de herejías y cismas, de comunidades aisladas y formas parciales de cristianismo. Estas cosas habrán tenido su día y han hecho mucho mal en el mundo, pero son demasiado frágiles y miserables en sí mismas para vivir de las oleadas de esa última tempestad de la humanidad; sólo la Iglesia puede capear la tormenta.

Pero, hermanos míos, ¿cómo se enfrenta la Iglesia a ataques como los que estamos contemplando? Sin duda, actúa por medio de los sacramentos y otros medios de gracia, por la palabra de Dios predicada y enseñada en el santuario, y cosas por el estilo. Pero las fortalezas de la Iglesia están en la familia y en la escuela; sus campos de batalla son aquellos en los que se libran luchas como la de la santidad del matrimonio y la de la pureza de la educación cristiana. Si le damos la formación de sus hijos, ella formará a los jóvenes y a las jóvenes cristianas, los unirá con un vínculo santo para formar la familia; con familias cristianas compondrá comunidades cristianas, naciones cristianas, y con naciones cristianas construirá la cristiandad, un mundo cristiano. Ella puede curar la naturaleza, y ninguna otra cosa puede hacerlo. Si le damos libertad de acción, oiremos poco de esa larga lista de vicios paganos de los que hemos oído hablar hoy; Pocos hombres siendo codiciosos, contenciosos, esclavos de la avaricia y del libertinaje, no habrá quejas de la decadencia de la misericordia, ni del afecto natural, de la bondad humana, de la honestidad, de la fidelidad.

Así pues, en nuestros días, ¿podemos recordar con demasiada frecuencia los puntos de ataque elegidos por los enemigos de la fe y de la sociedad? ¿Podemos olvidar con qué fastidiosa monotonía política se libra la guerra año tras año, primero en un lugar y luego en otro? ¿Qué certeza hay de que tan pronto como oímos que una nación hasta ahora guiada por los instintos católicos se ha convertido a las ideas ilustradas de nuestro tiempo, al día siguiente traerá la nueva de que en esa nación el matrimonio ya no debe ser tratado como un sacramento y que la educación debe ser retirada del cuidado de la Iglesia y sus ministros? Y, en verdad, hermanos míos, no sabemos cuán pronto nosotros mismos podemos estar envueltos en un conflicto mortal, al menos en uno de estos puntos.

Hasta ahora, al menos en Inglaterra, hemos podido educar a nuestros hijos por nosotros mismos. Y, para honrar a quien se debe, nuestra libertad se debe en gran medida al gran valor que ciertas comunidades ajenas a la Iglesia conceden a la

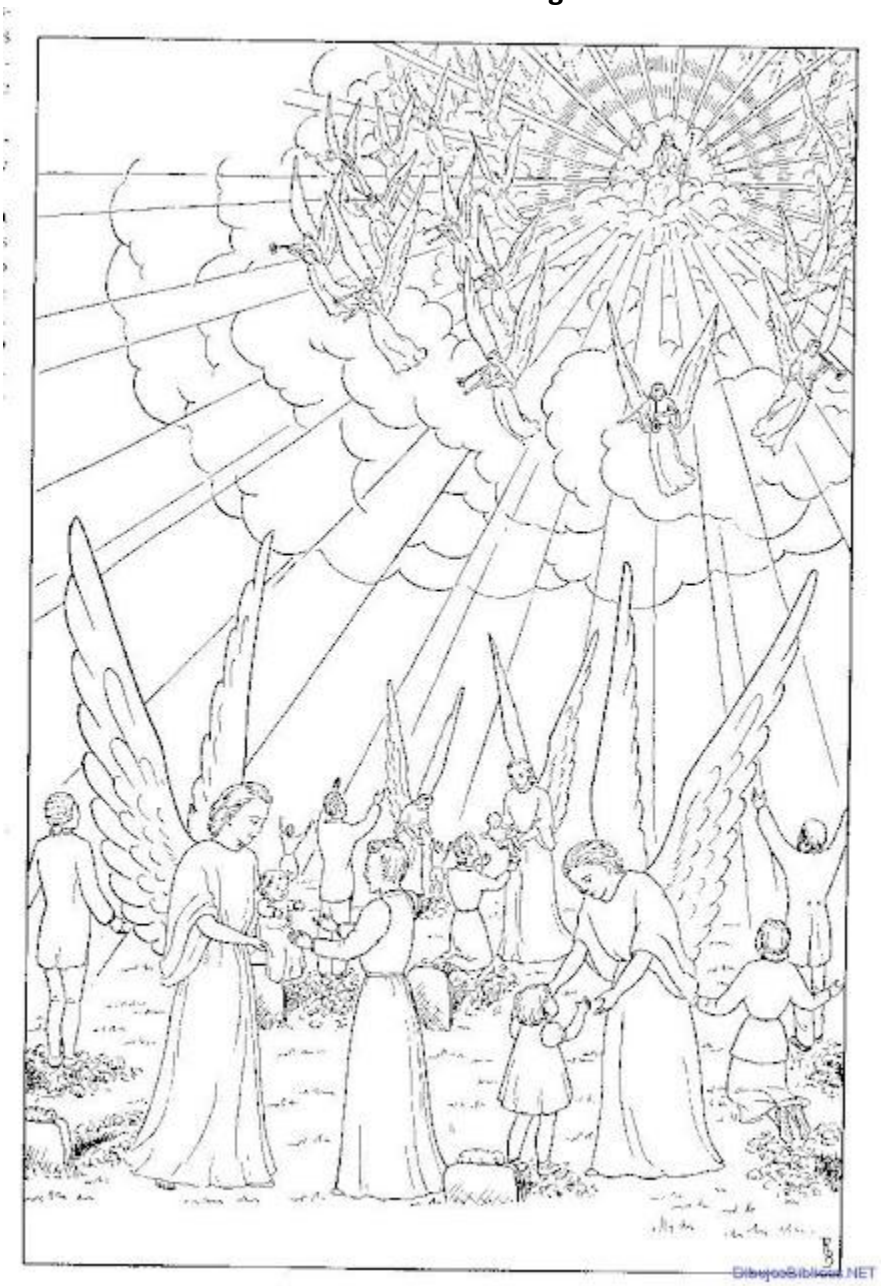
instrucción distintivamente cristiana y doctrinal. Pero no sabemos cuán pronto la marea de la guerra llegará a nuestros hogares. Oímos un grito en el aire: dice que el niño pertenece al Estado y que es deber del Estado encargarse de su educación. El grito es falso: el niño pertenece a los padres, pertenece a la Iglesia, pertenece a Dios. En ese grito habla el paganismo renaciente de nuestros días. Seguramente debería enseñarnos, si no puede hacerlo ninguna otra cosa, la importancia suprema de la educación cristiana. Si cedemos a ese grito, estamos perdidos. Educad a vuestros hijos, hermanos míos, en la santa disciplina y la doctrina pura de la Iglesia, y así se formarán para ser soldados de Jesucristo en el conflicto venidero contra los poderes del mal. Educadlos en la indiferencia hacia la religión y la doctrina cristiana, y si no son inmediatamente renegados de su fe, al menos son demasiado débiles y pusilánimes en su devoción a la Iglesia para alinearse valientemente entre sus campeones en su terrible batalla contra la última apostasía.
Fuente: Sermones de los Padres de la Compañía de Jesús (1870)
Sermón del Rev. II. J. Coleridge.

FIN DEL TERCER SERMÓN LA GRAN APOSTASÍA

EN EL CUARTO SERMÓN TRATA ACERCA DE:

TODAS LAS COSAS HECHAS NUEVAS

*** Predicado el domingo de la Octava de Navidad, fiesta de San Juan Evangelista.**



Et audivi vocem magnam de throno dicentem: Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et Jiabitabit cum eis. Et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit eorum Deus. Et absterget Deus omnem laerymam ab oculis eorum, et mors ultra erit, ueque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra, quia prima abierunt. Et dixit Qui sedebat in throno : "Ecce, nova facio omnia."

And I heard a great voice from the Throne, saying, Behold the Tabernacle of God with men, and He will dwell with them, and they shall be His people, and God Himself with them shall be their God. And God shall wipe away all tears from their eyes, and death shall be no more, nor mourning, nor sorrow, nor crying shall be any

more, for the former things are passed away; and He that sat on the Throne said, " Behold, I make all things new."(Words taken from the 3rd, 4th, and 5th verses of the 21st chapter of the Apocalypse.)

AL COMIENZO DE ESTE SERMÓN el padre cita del capítulo XXI del Libro del Apocalipsis lo que traducido dice: "Y oí una gran voz desde el trono, que decía: "He aquí la morada de Dios entre los hombres. Él habitará con ellos, y ellos serán sus pueblos, y Dios mismo estará con ellos3152, 4 y les enjugará toda lágrima de sus ojos; y la muerte no existirá mas; no habrá más lamentación, ni dolor, porque las cosas primeras pasaron". 5 Y Aquel que estaba sentado en el trono dijo: "He aquí, Yo hago todo nuevo"". (Palabras tomadas de los versículos 3, 4 y 5 del capítulo 21 del Apocalipsis.)

En estas palabras, el discípulo amado de Jesucristo describe el estado de cosas que se establecerá cuando su Señor venga por segunda vez. Y ahora, en medio del gozo de la Fiesta de Su primera venida, es nuestro deber esta tarde, mis hermanos en Jesucristo, detenernos por un momento en lo que la Sagrada Escritura nos dice sobre los rasgos principales de ese segundo advenimiento suyo que cerrará la historia de este mundo presente y será la escena inicial de la nueva historia de nuestra raza, redimida en el Cielo.

Digo que es el cierre de la primera creación y el comienzo de la segunda, y que, cuando lo consideremos, no debemos separar el último aspecto de él del primero. Vemos que esto se encuentra en la raíz de la diferencia entre nuestra propia manera común de considerar la segunda venida de nuestro Señor y la manera en que los cristianos a quienes escribieron los Apóstoles la consideraron: que para ellos era más un comienzo que un fin; y para nosotros, comúnmente, es más un fin que un comienzo. Un fin se acaba y se va, un principio sigue vivo en aquello a lo que da origen.

De los dos aspectos, digo, los primeros cristianos se centraron más en uno, y nosotros nos inclinamos más a centrarnos en el otro. Sus pensamientos sobre lo que esperaban eran más claros y penetrantes, tenían una comprensión más firme de las realidades del mundo venidero que nosotros. Y, sin embargo, si hubieran olvidado por completo la parte terrible de la segunda venida, no se habrían preparado tan bien para ser partícipes de sus glorias y bendiciones. Así también, mis hermanos, en nuestra preparación para encontrarnos con Él como nuestro Juez, no debemos olvidarnos de centrarnos en las grandes y maravillosas bendiciones que nuestro Señor traerá en su séquito. Él mismo, en sus discursos y parábolas, se ha centrado tanto en uno como en el otro tema, y sus apóstoles y profetas han hecho lo mismo.

Los santos se han esforzado mucho en describirnos los bienes que nos esperan bajo una maravillosa variedad de figuras, de modo que casi no hay nada precioso y agradable en esta vida que Jesucristo o sus siervos no hayan usado como imágenes para prepararnos para los deleites de la vida futura. Por eso, esta tarde, bajo la guía de ese discípulo amado, a la vez apóstol, evangelista, doctor, profeta, virgen, mártir e hijo especial de María, cuya fiesta celebramos, recordaremos en primer lugar

brevemente la serie de acontecimientos que, según la Sagrada Escritura, deben suceder al final de los tiempos, y luego nos detendremos un poco más en aquellos rasgos de la profecía en los que deben reposar la esperanza y la confianza de los cristianos.

Y aquí nuevamente, antes de continuar, permítanme decir una o dos palabras en cuanto a la forma en que debemos explicar la profecía incumplida en general. Hay ciertas reglas que debemos mantener en la vista si hacemos esto con seguridad, una o dos solas de las cuales deben mencionarse ahora. En primer lugar, es muy probable que nos engañemos si apuntamos a arreglar la hora exacta de eventos futuros con cualquier precisión. Hemos visto cómo nuestro Señor nos ha dicho expresamente, con respecto al fin del mundo, que el Padre mantiene los tiempos y estaciones en su propio poder, y que no nos corresponde conocerlos.*(Hechos 1: 7)

Y además, incluso si esto se dejó de lado, debemos recordar lo que ya he tenido ocasión de mencionar, que el modo de estimación de Dios es muy diferente de nuestro modo. Mil años son para él como un día y un día como mil años. En segundo lugar, podemos recordarnos esto que no solo es el momento del fin del mundo incierto para nosotros, sino que también el orden de los diversos eventos que lo componen, por así decirlo, esta gran escena de visión profética, con frecuencia no está clara. Sabemos que ocurrirá un cierto número de grandes cosas, pero cuál es la primera, y cuál es la última entre ellas, no lo sabemos. Los profetas de Dios a menudo predicen una y lo misma cosa de muchas maneras diferentes, y por lo tanto, las visiones que pueden parecer una serie consecutiva son, en verdad, profecías de un mismo evento. Una vez más, a menudo predicen una parte de una gran historia, y no del todo, como San Pablo dice a los Corintios, "Porque (sólo) en parte conocemos, y en parte profetizamos;" *(I Cor. xiii. 9).

Por eso, puede que no siempre sea fácil combinar los fragmentos que, por así decirlo, nos proporcionan individualmente en un orden determinado.

Ahora digo que el asunto que tenemos ante nosotros esta tarde nos da más de un ejemplo de esta incertidumbre. Sabemos, por ejemplo, que hay signos en el sol, y en la luna, y en las estrellas, (como leemos en San Lucas capítulo xxi versículos 25, 26) disturbios en el orden físico del mundo, en tierra y en el mar, antes de la última venida de Jesucristo. Y una vez más, se nos dice que ese día va llegar como un ladrón en la noche, como una trampa, en un momento en que los hombres menos lo esperan. El día del Hijo del Hombre debe ser como en los días de Noe, o como en los días de Lot, cuando no se pensaba la próxima inundación, y nadie esperaba la destrucción de las ciudades de la llanura. Hay dos formas de explicar esto, pero no podemos decidir entre los dos; no podemos decir si estos grandes signos de los que se nos dice que deben ir antes del surgimiento del Anticristo, y que después de su victoria el mundo debe estar en aparente paz en el momento de que nuestros señores vengan, o tengan, como parece haber sido en los días de Noe, las advertencias de Dios, por grandes y señalizadas, será completamente ignorado por los hombres de esa generación, de modo que, a pesar de todos los signos en el cielo

y en la tierra, se hundirán en una seguridad absoluta y olvidarán la plenitud de las amenazas de Dios, bajo el dominio del enemigo de Cristo.

En ese caso, los signos serían contemporáneos con la imprudencia absoluta de los hombres en cuanto a su destino futuro; y sabemos muy bien la dureza del corazón humano bajo grandes calamidades para sorprendernos de la predicción. A menudo se ha visto que, cuando Dios ha visitado el mundo, o ciertos países particulares, con las grandes plagas que han dejado su huella en la historia de los siglos en los que han sucedido, los hombres, en lugar de ser convertidos por la visita, se han entregado más imprudentemente a las extravagancias del vicio y el desenfreno; y todos sabemos cuán verdaderamente nuestro Señor ha dicho (***and we all know how truly our Lord has said of those who are not touched by the ordinary and appointed ministra tions of warning, that they " would not be converted, though one went to them from the dead.***), **de aquellos que no son tocados por las enseñanzas dadas sobre las señales de advertencia "-de aquellos que no son tocados por las ministraciones ordinarias y designadas de advertencia-",** que no se convertirían, aunque uno fuera a ellos de entre los muertos. *(* San Lucas cap. XVI vesículo 31*).

Éste es, pues, uno de los puntos en que la profecía está llena de incertidumbre, al menos en lo que se refiere al orden temporal. Mencionaré otro aspecto importante de la visión, en el que existe una dificultad de la misma clase. Hay muchos pasajes en las Escrituras que hablan claramente de la futura destrucción del mundo en el que vivimos por medio del fuego. ((*por ejemplo: Isaías vxi (Nota este capítulo de Isaías originalmente citado en el inglés, está equivocado, no existe esa numeración, corroborado, podría ser cualquier otro), 6; Psalm ciii. 27, xcvi. 3*.))

Es casi imposible admitir que estos textos puedan ser interpretados con justicia en un sentido meramente figurado, y daré para esto sólo una razón ampliamente suficiente.

San Pedro, en un pasaje que ya he tenido ocasión de citar, compara la futura destrucción del mundo por el fuego con la destrucción histórica de la raza humana en los días de Noé por las aguas del Diluvio. Dice: "El mundo de entonces pereció inundado de agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos".*(* 2 Pedro, iii. 6, 7.)*

Ahora bien, hermanos míos, como sabéis, no nos estaría prohibido pensar que el Diluvio, aunque universal en cuanto a la destrucción de la humanidad, puede no haber sido universal en extensión sobre todo el globo, que entonces no podía haber sido habitado en todas sus partes.*+ See Note to this Sermon. Ver las notas sobre los sermones.*

Pero aunque no veamos razón para condenar a quienes consideran que el Diluvio pudo haber sido parcial en este sentido, contradeciríamos a la Escritura si dijéramos que fue figurativo. Y sería incoherente con el sentido claro de las palabras de San Pedro explicar el fuego del que habla como menos literal y real que el Diluvio con el

que lo compara. Por tanto, la tierra será quemada por el fuego; pero aquí, nuevamente, los hechos del futuro que está por venir sobre la tierra son más ciertos que su orden. No podemos decir con certeza cuándo tendrá lugar esta conflagración; si será antes del Día del Juicio, y así, tal vez, el medio de la muerte de la generación de hombres que está en posesión de la tierra en los últimos días, o si tendrá lugar después de ese gran día de cuentas, o, como algunos han pensado, en parte antes y en parte después.

Esto, entonces, así como las grandes señales de las que he hablado antes, deben contarse entre las grandes características de la profecía, aunque no estamos absolutamente seguros en cuanto al orden en que deben ser dispuestas. Y en cuanto a las otras maravillas de aquel tiempo, ¿qué necesidad tengo de que me detenga en ellas hoy? Sabemos que toda la humanidad se levantará, aunque, como dice el Apóstol, no toda será cambiada. (** I Cor. xv. 21.)*

Algunos ascenderán al honor, otros a la ignominia, algunos a la gloria tanto del cuerpo como del alma, otros a la vergüenza eterna y al sufrimiento en ambos. Los ángeles saldrán y separarán a los malvados de entre los buenos; entonces será la manifestación de las conciencias de todos a todos, la rectificación perfecta de todos los juicios, la vindicación absoluta de todos los tratos de Dios con las almas, el triunfo de la virtud y el derecho, la autoconvicción y exposición sin palabras de todo lo que ha sido malo y vicioso; entonces la sentencia eterna llegará a los corazones de todos, testificada y reconocida por cada conciencia individualmente, y proclamada en voz alta, como a cada hijo de Adán, a oídos del Cielo y de la tierra: "Y éstos irán al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna". *(+ Mateo xxv. 46.)*

Y ahora, hermanos míos, como debemos seleccionar uno o dos de los muchos pensamientos que se nos agolpan al examinar, aunque sea brevemente, esta cadena de grandes y maravillosos acontecimientos tan estrechamente vinculados entre sí, cuyo rápido desarrollo será la historia de los últimos años del mundo, escogeré aquellos que parecen más acordes con la santa y feliz época que ahora nos espera, y que nos sugieren con más frecuencia el lenguaje empleado por los santos Apóstoles y el tono de pensamiento que inculcan a sus discípulos. Sin duda, la venida de Jesucristo es el "día grande y terrible del Señor". ¿Quién, como dice Malaquías, "podrá pensar en el día de su venida, y quién podrá estar de pie para verlo? Porque Él es como fuego purificador". (** Malaquías III. 2.)*

¿Quién puede pensar en las señales en el sol, en la luna y en las estrellas, en el temblor de los poderes del universo físico, en las plagas y aflicciones de los últimos tiempos, en la tierra quemada como un pergamino, en la terrible voz del Arcángel, en los muertos convocados a juicio, en el trono establecido y los libros abiertos, en todas las tribus de la tierra gimiendo por la señal del Hijo del Hombre en los cielos; quién puede pensar en todas estas cosas sin temor ni pavor, como si pudiéramos respirar las melodías que la Iglesia pone en nuestras bocas cuando cantamos su último himno sobre el féretro de los difuntos? *Que traducido del latín quiere decir algo así: ¡Qué temblor debe ser! ¿O qué diré entonces, el desgraciado? O, Rey de*

tremenda majestad, que salvas gratuitamente a los que se salvan, sálvame, fuente de misericordia.

Y, sin embargo, hay, hermanos míos, otras melodías que, por así decirlo, resuenan con más frecuencia en nuestros oídos cuando escuchamos las palabras de Jesucristo y de los bienaventurados Apóstoles de su Evangelio. Al cantar el Dies Irae, pensamos en cómo expiar al máximo lo que pueda quedar de la deuda que el hombre tiene con la justicia de Dios, y por eso hacemos bien en llenarnos de emociones de temor y reverencia que se adecúan al temperamento de la humilde y sincera súplica por los muertos mediante el Santo Sacrificio.

Pero la justicia de Dios es una justicia de recompensa y de castigo, de restitución, renovación, coronación y bendición por causa de Jesucristo, que no sólo es el fin de la vieja creación, sino el Principio y Primogénito de la nueva. Por eso nuestro Señor nos dice: "Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad la cabeza, porque vuestra redención está cerca."* *(Lucas xxi. 28.)*

Así, pues, encuentro que los santos Apóstoles hablan de los últimos tiempos. Encuentro que San Pedro habla de ellos como de los tiempos de la «restauración de todas las cosas»; «cuando vendrán tiempos de refrigerio de la presencia del Señor».+ *(Hechos iii. 20, 21)*

Y las epístolas de San Pablo están llenas de esperanza y anhelo por la aparición de Jesucristo. Es un pensamiento que siempre está presente en él y en aquellos a quienes escribe, de modo que, como les he mostrado, incluso tuvo que advertir a sus discípulos en Tesalónica que no debían esperar inmediatamente la "gloria venidera que se ha de revelar en nosotros". (Rom. viii. 18; 2 Thess. ii.)

En cuanto a sí mismo, San Pablo espera la corona de justicia que el Señor, el Juez justo, le dará en aquel día, y «no sólo», como dice, «a mí, sino también a todos los que aman su venida».(2 Tim. iv. 8.)

Los que aman la venida de nuestro Señor ciertamente la desearán y la anhelarán, y los sentimientos de temor y reverencia que naturalmente despiertan sus terribles características serán absorbidos por los de una ansiosa expectativa. Y al amor y la expectativa, como características de los sentimientos de los cristianos con respecto a los últimos días, podemos agregar, con la autoridad de San Pedro, una cualidad aún más sorprendente, la de la tranquilidad y la paz perfectas.

“Puesto que todas estas cosas han de ser destruidas, ¿cómo no debéis ser vosotros en santa conducta y piedad, en la práctica diaria de la virtud y en los ejercicios religiosos de devoción? ¡Esperando, y no sólo eso, sino apresurándoos a la venida del día del Señor, en el cual los cielos, en llamas, serán deshechos y los elementos, con el calor abrasador, se derretirán!”. Pero él dice: “Esperamos cielos nuevos y tierra nueva, según sus promesas, en los que mora la justicia. Por tanto, amados, puesto que esperáis estas cosas, procurad con diligencia que seáis hallados ante él sin mancha ni contaminación, en paz.”*(* 2 Pedro iii. 11 —14.)

Gozo, anhelo, deseo, preparación cuidadosa y diligente, tales son los sentimientos y, si se me permite decirlo así, la actitud que la venida del día del Señor debe encontrar en nosotros, si somos como los cristianos a quienes escribieron los apóstoles. Consideremos, pues, uno por uno algunos de los elementos de esta alegre anticipación y deseo. En primer lugar, hermanos míos, ya hemos insinuado que el Nuevo Testamento nos pide que miremos la venida de nuestro Señor, no sólo como el fin de toda la miseria, el conflicto y la incertidumbre de esta vida; no sólo, de nuevo, como el gran día de ajuste de cuentas, cuando se establecerá el trono y se abrirán los libros, cuando se llevará a cabo la gran separación del bien del mal y se otorgarán las recompensas eternas y los castigos eternos; sino, en particular y ante todo, como el amanecer de un día cuyo sol nunca se pondrá, como el comienzo de una vida de bienaventuranza y de un nuevo orden de cosas, que nunca cambiará ni terminará.

Esta expectativa no era meramente general y vaga, sino que tenía sus anticipaciones de renovación y glorificación de la vida y la existencia humanas en cada uno de sus aspectos, en los que ahora están sujetas a la debilidad, la decadencia y la corrupción. La venida de nuestro Señor debía traerles, en una palabra, "vida de entre los muertos", una vida nueva, restaurada, bendita, eterna, que corresponde en todos sus aspectos, aunque infinitamente más alta en cuanto a su felicidad, a la vida que tenemos experiencia aquí y ahora. Nosotros, tal como somos, debemos ser bendecidos en todos los aspectos.

Hermanos míos, si dividimos la vida que vivimos en porciones, por así decirlo, según las diversas partes de nuestro ser compuesto, la ocupación de todas nuestras facultades en los escenarios en los que vivimos, los objetos que tenemos ante nosotros, los compañeros en cuyo afecto y sociedad vivimos, encontramos que en cada uno de estos departamentos tenemos poderes y capacidades de felicidad que están decepcionados e insatisfechos ahora, y solo podemos imaginarnos felices cuando, en todos estos aspectos, tengamos lo que nuestra naturaleza anhela y Dios quiere que tengamos. La mente, el alma, el corazón, el cuerpo, cada uno tiene su vida: una vida de placer incierto, inseguro, imperfecto y transitorio aquí, en el mejor de los casos; una vida, en la mayoría de los casos, con mucho dolor y miseria positivos mezclados en ella. Estamos en medio de un universo del cual no tenemos la llave, cuyos poderes a menudo son hostiles y fatales para nosotros; y nos volvemos dependientes unos de otros, dotados de inmensas facultades para amar y comprender a nuestros semejantes, y sin embargo con un muro de división levantado entre nosotros, sin poder leer los corazones de los demás, y con mezquindad, egoísmo y otras pasiones malignas dentro de nosotros, que nos impiden llegar a una perfecta simpatía mutua.

Pues bien, digo, la venida de nuestro Señor fue considerada por los cristianos apostólicos como la curación de todas estas heridas de una vez y para siempre, como colocándonos en una condición de inefable bienaventuranza en cada uno de estos detalles. No hablo ahora de la gloria del alma hecha perfecta y confirmada en la gracia, de la voluntad unida para siempre a la voluntad de Dios, de la inteligencia

llena de su luz, de todo el corazón y toda la mente beatificados por la visión de Él. Esta bienaventuranza del alma puede ser dada antes del tiempo de la resurrección del cuerpo y del juicio general, y los que mueren en gracia se convierten en herederos de ella cuando mueren. Sólo observemos que en la próxima vida no será con los hijos de Dios como es aquí. Aquí, si un Santo es visitado por un favor especial y por un corto tiempo, como San Pablo fue arrebatado al Cielo y escuchó palabras inefables, es como él dice, "si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé" -hay una tensión demasiado grande en los casos ordinarios para que la vida corporal y los sentidos conserven su pleno vigor y actividad, están arrebatados en éxtasis y dominados por él. Parecen muertos y sin percepción de nada más que Dios. Esto se debe a la debilidad de nuestra existencia actual, incluso en los Santos más altos; aunque no leemos nada de esto en lo que la Escritura nos dice de la Humanidad de nuestro Señor y de Su Santísima Madre. No será así en la próxima vida, aunque nuestra unión con Dios allí sea mucho más estrecha y permanente.

Entonces la bienaventuranza del alma se derramará sobre el cuerpo sin impedir su vida, actividad y goce plenos. Una parte de nuestra naturaleza compuesta ya no será un lastre para la otra, sino que ambas compartirán la misma vida inmortal, la misma fuerza celestial y la misma beatitud. Como los ángeles, con calma, y con perfecta facilidad y tranquilidad, ven y disfrutan de Dios y conocen todas las cosas en Él, y sin embargo, mientras están absortos en la contemplación de Él, conversan entre sí y, al mismo tiempo, velan por el universo que está a su cargo y nos protegen en la tierra, susurrando pensamientos santos, alejando peligros, guiando nuestros pasos y manteniendo a raya a nuestros enemigos infernales, siempre con Dios y siempre con nosotros, como el santo Rafael viajó con Tobías y, sin embargo, dijo: "Yo soy Rafael, uno de los siete que están ante el Señor"*.*(Tob. xii. 15).* Así también en el otro mundo con nosotros, la visión beatífica y la posesión de Dios no absorberán nuestras facultades ni impedirán las otras funciones de nuestra vida divina, sino que serán el principio de esa vida en toda su plenitud y actividad de goce, de la vida del cuerpo glorificado, de la vida que se ocupa en la compañía de los Santos, en la contemplación de la creación de Dios, en la lectura de los maravillosos secretos de Su providencia y Sus misterios, en la perfecta posesión de todos los que amamos en Él.

Sí, hermanos míos, estos cuerpos nuestros ya no deben ser para nosotros prisiones llenas de peligros, sino que deben brillar con la vida perfecta que Jesucristo trajo consigo desde la tumba. Los primeros cristianos lo sabían bien. Miraban más allá de la destrucción de todas las cosas hacia la nueva, hermosa y feliz creación que había comenzado en Jesucristo, y que iba a estallar en vida, florecimiento y gloria en su segunda venida. Miraron atrás por un momento a los días del Paraíso, y encontraron que en cada particularidad de bienaventuranza en la que el estado de inocencia había superado esa condición de miseria en la que ahora estamos encadenados, ese estado de inocencia nuevamente iba a ser superado en gran medida en el nuevo Reino de Cristo. Comencemos con el cuerpo, para complacerlo y mimarlo, tan a menudo nos vemos tentados a renunciar a las futuras glorias de los hijos de Dios. "¿Quién me librará", dice San Pablo, "de este cuerpo de muerte?"* (Romans vii. 24.)

¿Quién me librará de la ley maligna que está en mis miembros y lucha contra mi alma? ¿Quién me librará de la enfermedad, del dolor, del cansancio y de la muerte? "Nosotros mismos", dice, "incluso nosotros que hemos sido regenerados, o que tenemos las primicias del Espíritu, incluso nosotros mismos gemimos dentro de nosotros mismos esperando la adopción como hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo". *(Romans viii. 23.)*

"Porque sabemos", como continúa en otro lugar, "que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una morada no hecha de manos, eterna, en los cielos. Por lo cual también gemimos, deseando ser revestidos de nuestra morada celestial".(** 2 Cor. v. I, 2).*

"Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (I Cor. xv. 53.).La venida de nuestro Señor fue para ellos el momento en que Él reformaría el cuerpo de nuestra bajeza, haciéndolo semejante al cuerpo de su gloria"*(Philipp. iii. 21); cuando Él dará a cada uno de los que resuciten a ese cambio maravilloso, que será el destino de Sus Santos, un cuerpo como el Suyo, tal como es ahora en la gloria, un cuerpo como el Suyo cuando se mostró en Su majestad a los Apóstoles en el Monte de la Transfiguración.*

Es, pues, muy poco lo que Dios hace por nosotros, por amor a nuestro Señor, para devolvernos la integridad, la salud, la lozanía y la belleza de nuestros primeros padres antes de su caída. Es muy poco destruir el conflicto de los sentidos y de la conciencia, desarraigar los principios de la concupiscencia, dotarnos de una perfecta impasibilidad y de una libertad total frente al dolor. Ese fue el don de una naturaleza inocente y no experimentada, pero ahora tenemos que heredar los frutos del conflicto y de la conquista para Dios por medio de Jesucristo. "Convenía a aquel -dice el Apóstol- para quien son todas las cosas y por quien todas las cosas existen, que estaba llevando a muchos hijos a la gloria, perfeccionar al Autor de su salvación por medio de su pasión".*(Heb. ii. 10.) Convenía que, cuando Dios quiso elevar a la dignidad de hijos suyos una inmensa multitud del género humano y llevarlos a su propia gloria, dispusiera que aquella gloria que tan noblemente se había de conquistar y corona de tantos y grandes dones, tuviese el mérito pleno de la Pasión de Jesús.*

Convenía, pues, que, cuando Dios se propuso elevar a una inmensa multitud de la raza humana a la dignidad de sus hijos y llevarlos a su propia gloria, dispusiera que esa gloria que se iba a alcanzar tan noblemente y corona de tantos grandes dones, tuviera el mérito pleno de la Pasión de Jesucristo y de los sufrimientos de sus seguidores para realzar su belleza y su intensidad. He aquí, pues, hermanos míos, la respuesta cristiana a aquellos que tanto aman lo que se llama el pleno desarrollo de nuestro ser natural, que consideran que la perfección del hombre consiste en una vida animal sana, sea moral o no, que preguntan: ¿para qué nos ha dado Dios nuestros instintos y ansias corporales si nunca han de ser satisfechos y siempre han de ser mortificados? Deben ser mortificados y mantenidos bajo control ahora, para que nuestros cuerpos de aquí en adelante puedan resucitar, no a la desgracia y la ignominia, sino a la gloria, el brillo y la inmortalidad, brillando con vida y carne y

sangre reales, como nuestro Señor después de la Resurrección tuvo carne y sangre reales, pero espiritualizadas, hechas celestiales e inmortales, y destinadas al goce sin fin en el ejercicio de los maravillosos dones que entonces les fueron otorgados. Además, hermanos míos, los cristianos del tiempo de los Apóstoles esperaban la venida de nuestro Señor como la renovación y restauración del universo físico mismo, en el que está depositada nuestra suerte. San Pablo les había enseñado que el estado actual de las cosas, incluso en el universo físico, era un estado penal, un estado infligido a la creación por Dios como consecuencia de la caída del hombre, que había incurrido en la muerte para sí mismo y había puesto su hogar terrenal y el mundo mismo en servidumbre de corrupción. El cambio, la decadencia, la sucesión y el desperdicio que sufre toda la naturaleza son consecuencias del pecado, y esperamos, como dice San Pablo, "la revelación de los hijos de Dios" (Romans viii. 19)como el tiempo en que "la criatura será liberada de esta servidumbre a la libertad de la gloria de los hijos de Dios"; o esperamos, como dice San Pedro, "nuevos cielos y una nueva tierra en la que habite la justicia". * 2 Pedro iii. 13*

Hermanos míos, todos sabemos que nada que el hombre pueda crear o imaginar puede compararse en sublimidad, belleza, delicadeza, gracia y grandeza con las obras naturales de Dios, y, sin embargo, se nos enseña que las imponentes montañas y el mar infinito, y todo lo que arrebata nuestra vista o nuestro oído en árboles o flores, plantas, pájaros o animales, será suplantado en la venida de nuestro Señor por criaturas más nobles, más hermosas, más maravillosas que cualquiera que la tierra haya conocido hasta ahora. Cuando Dios hizo este variado universo de la nada, no hizo lo mejor que podía hacer, y para la morada y hogar de sus hijos a través de Jesucristo, Él hará nuevos cielos y una nueva tierra, para los cuales estos serán como nada. Y esta es una respuesta cristiana a aquellos que preguntan por qué la religión da tan poca importancia al conocimiento físico, por qué mira, como parece, con frialdad y desfavorablemente a quienes dedican sus vidas a la investigación de los secretos de la naturaleza, por qué considera todos sus logros como nada en comparación con un solo pensamiento santo, o con una taza de agua fría dada a un viajero por amor a Jesucristo. No digo que no haya otras respuestas, pero esta es una de las respuestas: que todas estas cosas son, como dice San Pedro, "para ser disueltas y reducidas a nada". En la actualidad nos ayudan con su uso, y con el conocimiento que podemos obtener de ellas de la bondad y el poder de su Creador.

También sirven a nuestra vida mortal, y deben recibirse y usarse con agradecimiento y alegría. Pero, aun así, los hijos de Dios tienen un hogar más hermoso y majestuoso reservado para ellos, lleno de creaciones de Su poder y amor mucho más maravillosas, y su inteligencia se alimentará de su contemplación en el futuro, y su vida se diversificará con el uso de la nueva creación. Pero entonces leerán y sabrán, entenderán y disfrutarán, sin temor a la presunción y al error, sin la posibilidad de equivocación, oscuridad o impureza de intención, porque verán y comprenderán todas las cosas que los rodean a la luz de la visión de Dios mismo.

Y una vez más, hermanos míos —para referirnos brevemente a lo que, después de la posesión de Dios, será la mayor alegría del nuevo estado de existencia—, así como se

nos hace amar y ser compañeros unos de otros, vivir, por así decirlo, fuera de nosotros mismos, abiertos a un intercambio y flujo perpetuo de influencia y simpatía, sentir la soledad como una privación y el amor fraternal y la inteligencia mutua como nuestra mayor bendición, así será en nuestro estado regenerado, cuando esta nuestra vida de aislamiento y separación llegue a su fin. Ya no habrá barreras ni velos de separación y desconfianza entre nosotros, sino que cada uno se regocijará y aprovechará de los dones de todos los demás como si fueran propios. Y esta bendita sociedad que nos espera en el mundo venidero fue la contemplación frecuente de los santos, y se nos presenta como un motivo de esperanza y esfuerzo por parte de San Pablo. "Porque os habéis acercado", dice, "al monte de Sión, a la ciudad de Dios vivo, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, y a Jesús el Mediador del Nuevo Testamento" *(Heb. xii. 22—24).*

Ciertamente, hermanos míos, no es extraño que, teniendo al Niño de Belén ante nosotros, sobre las rodillas de su Madre Inmaculada, elevemos nuestros corazones y enviemos nuestros pensamientos, como lo hicieron los cristianos de antaño, a esa consumación y restitución bendita de todas las cosas que es el gran fin de su venida entre nosotros. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dio también con Él todas las cosas?" (*Rom viii 30).*

¿Qué hay de razonable en la expectativa de lo que se avecina para nuestra raza y para la tierra en la que vivimos, sino que pasemos por alto las cosas que son transitorias y nos centremos más bien en las cosas que permanecerán y nunca cambiarán? El cielo y la tierra pasarán, pero las palabras y la obra de Jesucristo nuestro Señor no pasarán. Vendrán plagas, aflicciones, tribulaciones, persecuciones y apostasías, pero pasarán. El sistema civil del mundo, los principios que mantienen unida a la sociedad, serán socavados, pero esto también pasará.

Vendrá el enemigo de Dios, el rival de Jesucristo, el más alabado y el más fascinante de los héroes del mundo, armado con poderes tales como nunca antes han sido puestos en manos de un hombre;él seducirá y subyugará a las naciones, librará una guerra terrible contra los Santos de Dios, prevalecerá por un momento, pero no seducirá a los Elegidos —y él también pasará. Vendrá esa gran apostasía sobre la que hemos reflexionado recientemente, la restauración por un tiempo del reino horrible de la naturaleza no regenerada en toda su voluptuosidad salvaje y crueldad refinada bajo una nueva forma de paganismo— pero eso pasará. Los dolores de parto de los cimientos de la nueva creación;serán terribles, terremotos e incursiones del mar, el sol se convertirá en oscuridad y la luna en sangre, las estrellas caerán, el mundo será sacudido hasta sus huesos, la muerte de la raza humana será terrible, el ardor de los cielos y la tierra con calor ferviente —pero todo esto pasará.

Vendrá el terrible Día del Juicio, la resurrección de los muertos, la apertura de los libros, la separación eterna, las recompensas y los castigos asignados por la boca del Hijo del Hombre. Pero incluso el Día del Juicio pasará y llegará a su fin; y entonces estallará esa mañana eterna y más gloriosa, la nueva creación y condición de las cosas forjadas por la sabiduría infinita y el poder de Dios por el bien de aquellos que

lo aman. El cielo y la tierra purificados y renovados, las almas de los santos llenas de inteligencia divina y de amor indefectible e ilimitado, la mente iluminada por la luz del rostro de Dios, la voluntad y el corazón ennoblecidos y beatificados por la inseparable y más estrecha unión con Él, el cuerpo dotado de los dones necesarios para el ejercicio y goce incesante de su nueva existencia espiritualizada —brillante como el sol, inmortal, indoloro, incapaz de fatiga, decadencia o debilidad, habiendo cambiado su sujeción a las ataduras del espacio y a las leyes naturales del movimiento por la libertad y actividad de la vida angélica.

El conocimiento mutuo, la sociedad, la compañía, el amor, la confianza, la ternura, el cariño, la unión de corazón con corazón en la posesión de aquellos a quienes amamos; Estas cosas, a cuya sombra terrenal nos aferramos tan a menudo en vano, para nuestro daño y desilusión, y, puede ser, para manchar nuestras almas, entonces por primera vez se convertirán en verdades y realidades en la unión perfecta de los hijos de Dios en toda la maravillosa variedad de sus perfecciones individuales, y en el juego y funcionamiento diario de sus facultades glorificadas de corazón y mente.

El pueblo cristiano será entonces una nación santa, una comunidad, una sociedad, una familia, en la que todos serán sabios, todos grandes, todos hermosos, todopoderosos, con las riquezas de la sabiduría, la fuerza, el poder y la belleza de Dios su Padre. Cuál será su morada, cuáles serán sus pensamientos, cuáles serán sus ocupaciones en el ejercicio de su nueva vida, de todo esto no podemos saber más, o, más bien, mucho menos, de lo que el salvaje del norte helado puede saber cuál es la vida social, cuáles son los goces, los recursos, los refinamientos y las bendiciones naturales de las comunidades civilizadas que poseen las regiones más hermosas del mundo. y heredar todos los logros y conquistas de la humanidad; o que los niños de su guardería pueden adivinar las delicias intelectuales y los sueños elevados del poeta o del sabio. Sólo nosotros sabemos que, al tener este ser variado y maravilloso que nos ha sido dado por la mano de nuestro Dios y Creador, cada parte de nuestra naturaleza, cada facultad de la mente, el corazón y el cuerpo,tendrá su propia bienaventuranza inefable en el reino de su gloria. Ahora somos tus hijos, oh Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que cuando vengas seremos como Tú, porque te veremos tal como eres.

¡Qué maravilla, entonces, si los Profetas y los Apóstoles, mis hermanos y nuestro Señor mismo, hubieran agotado todos los pobres y escasos recursos del lenguaje humano para pintar las delicias de la Ciudad de Dios! El ojo no las ha visto, el oído no las ha oído, la mente humana no tiene ideas que respondan a ellas, la imaginación del hombre carece de los colores con los que se han de pintar estas glorias.

Estas son "palabras secretas que no le está concedido al hombre pronunciar"* 2 Cor. xii. 4. y debemos ser arrebatados al Paraíso con San Pablo antes de que podamos comenzar a recibirlos.Un poco de tiempo, y los conoceremos; La noche pasará, el día romperá, las sombras huyen. Hasta entonces, alimentémonos de esperanza, y de los acordes de esa música celestial, de los rayos de esa luz divina, que han encontrado su camino en la oscuridad y la confusión de este nuestro lugar de exilio. Escuchemos

palabras como las suyas, con las que comenzamos esta tarde, hablándonos del "río de agua de vida, claro como el cristal, que sale del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de aquella ciudad, y a ambos lados del río, estaba el árbol de la vida, que daba doce frutos, dando su fruto cada mes, y las hojas del árbol eran para la curación de las naciones.

"Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes; y no habrá más noche; y no tendrán necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos."**(* Apoc. xxii. 1 —5.)*

NOTA.

La opinión expresada casualmente en la pág. 68, de que sería admisible explicar la narración bíblica del Diluvio de tal manera que dejara lugar a la suposición de que su universalidad se relacionaba sólo con la raza humana y las partes de la tierra habitadas por el hombre, puede parecer que requiere alguna explicación. Se remite al lector a un apéndice a algunos artículos que aparecieron hace algunos años, bajo el título (Cosmogonia Naturale comparada con el Génesis) "Cosmogonia Naturale comparata col Genesi", en la Civilta Cattolica (vols. 50, 51, o5 Serie X., vols. 3, 4, 1862), y particularmente al vol. 51, pp. 30-36 y 291 seq.—que se encontrarán abundantemente para justificar la afirmación en el texto.

Cosmogonia naturale comparata col Genesi del P. Giovan Battista Pianciani

https://books.googleusercontent.com/books/content?req=AKW5QadASVmmZwExYMX3q9uQXYNlcuK4C5N-C07anXfcJ1a-WDTj2dEGBw-4ZLYwASqIQh_Zk5a-lWE_n6yZ2PE2_w7ghZzzJRTvMTUbH029m55YyTXXjBUw46Z3miyD1-aJVGVUOCdwHCAtZNGYlZ9U4099AgpEJ41YNwvYGCdpw_DZ6mujjBznHkmCQT0PbCpSik6LEFX8Vt2nw0ZvOPH-7eYI3FKwC0g64uV9dkI0-ncp2rGKI1EJtLVXE8gMfoGP67dEP8xcEdrlKixxBThGblbTJdwoUx8NcvGz4EEApdltHzhrOYg

FIN DEL CUARTO SERMÓN Y FINAL DE LA TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL DE LOS CUATRO SERMONES ACERCA DE "Los últimos Días"